



EL HOMBRE AMARILLO

CARLO DI PIETRO



CARLO DI PIETRO

El hombre amarillo

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

PORTADA: S. FABÀ

© CARLO DI PIETRO - 1971

Depósito Legal B.-11.861 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 —Barcelona

PROLOGO

La astronave, de forma ahusada y dimensiones colosales, volaba rauda y majestuosa por el vasto cielo azul, centelleando con anaranjados destellos al reflejar los rayos del sol cuando se interponía en su trayectoria la pulimentada masa metálica. En ella, todo estaba sincronizado, tan perfecta y automáticamente, que el gran número de hombres que había en la misma únicamente tenían la misión de observar los instrumentos de los diversos y completos paneles de controles.

En una de las dependencias en que estaba dividida la inmensa cosmonave, una serie de pantallas mostraban las imágenes de unas naves diminutas que, en grupos de tres y volando en cuña se acercaban a gran velocidad. De pronto, uno de los observadores de aquel departamento de control de vuelo, indicó:

—Atención, Kufal, el módulo tuyo se está rezagando. Ponte a la altura del catorce, para que puedas efectuar correctamente la maniobra de entrada.

—Lo estoy intentando, pero los mandos no obedecen.

—¿Qué ocurre?

—Cada vez estoy perdiendo más velocidad.

—Acciona los motores complementarios.

—Ya lo hice, pero a pesar de ello no consigo aumentar la velocidad.

—Mantente en este rumbo; ya te daremos instrucciones.

Momentos después, era otro hombre el que hablaba.

—Kufal, soy Nertol. Informa rápidamente.

—Los indicadores del módulo señalan avería en los propulsores de la nave y la velocidad que ahora llevo, como podrás observar, se debe únicamente a la inercia. En estos momentos, el velocímetro señala cero, o sea paro total.

—Acciona los sistemas antigravitatorios y procura mantenerte en esa misma altura en relación con el planeta; inmediatamente acudiremos en tu ayuda con nuestra nave.

— Daos prisa, Nertol, pues el altímetro indica que la fuerza de gravedad de Xeron me está atrayendo poco a poco, y estoy perdiendo altitud.

Instantes después, quedó interrumpida la comunicación, mientras la gran cosmonave iniciaba un giro de noventa grados y se dirigía a gran velocidad hacia el pequeño módulo lanzado desde la misma, para intentar el rescate del cosmonauta que, indudablemente, se hallaba en grave peligro.

Al poco rato sonaba de nuevo la voz del piloto de la pequeña nave de reconocimiento, pero esta vez denotando un ligero nerviosismo:

—Nertol, continúo descendiendo, los sistemas antigravitatorios no pueden contrarrestar la fuerza de gravedad del planeta; de continuar así, caeré irremisiblemente en él.

—No pierdas la confianza, Kufal, ya nos acercamos.

Pero la predicción del cosmonauta del pequeño módulo de observación se cumplió, cuando informó de nuevo a los pocos minutos:

—Atención, nave nodriza, sólo me separan de la superficie del planeta unos centenares de metros. Voy a accionar los retrocohetes para evitar la colisión.

—Hazlo pronto, Kufal, e informa de inmediato.

—Los cohetes han respondido; dentro de poco me posaré en el planeta.

—Muy bien, muchacho. Ahora escucha con atención: no abandones la cápsula, pues no vas provisto de traje espacial y la atmósfera del planeta donde caerás no es respirable para ti, como sabes, el módulo descenderá y te proporcionará un pequeño tanque de nuestro aire. Tan pronto como veas a tu compañero junto a tu cápsula, la abres, te colocas rápidamente la máscara y subes a su nave para que regreséis los dos. No te preocupes de nada más; destruiremos tu módulo averiado desde aquí. ¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Pues ánimo, Kufal; pronto estarás a salvo.

La colisión de la pequeña nave espacial, pese a ser moderada cuando chocó contra el suelo, debió de afectar aún más la avería de los motores de propulsión, puesto que, de inmediato, en el tablero de mandos se encendió y apagó intermitentemente una pequeña lámpara con fuertes destellos violáceos, al » propio tiempo que sonaba incesantemente una fuerte señal acústica. El piloto sabía de sobra que, al cabo de pocos minutos, el módulo que tripulaba se desintegraría.

—Nertol, el indicador de seguridad está accionado. Haz que la cápsula de rescate no se aproxime... ordena que regrese de inmediato, pues si estuviera junto a la mía también correría el peligro de quedar destruida cuando se desintegre la que tripulo —comunico en tono apremiante el piloto de la nave averiada en un postrer aviso y a fin de salvar de una posible catástrofe a los compañeros que acudían en su ayuda.

Y segundos después de la advertencia del cosmonauta, en la pantalla de control de la astronave nodriza se observó una gran llamarada. El módulo de observación que cayó a la superficie del

planeta que estudiaban acababa de estallar.

— ¡Pobre Kufal! No debía de acceder a sus deseos de pilotar una nave espacial lejos del ámbito de nuestro mundo... Desgraciadamente, de haber sido otro quien pilotara el módulo, también hubiera muerto. Lástima de joven; con su prodigiosa inteligencia, hubiera llegado a ser uno de nuestros mejores ingenieros —fue el epitafio que pronunció Nertol, jefe de la expedición de estudio a un planeta distinto del suyo, aunque perteneciente al mismo sistema solar.

Capítulo primero

Transcurría el mes de agosto del año 1886.

Dos hombres, con pantalones andrajosos, fuertes botas y camisas manchadas por una mezcla de polvo y de sudor, andaban cansinos uno detrás del otro por un paraje harto estéril, en el que unos arbustos resecos eran el único indicio de vida vegetal. Los dos viajeros arrastraban a sendos burros, en cuyos lomos transportaban diversos enseres.

El que marchaba delante fijó de súbito la mirada en un cuerpo tendido en el suelo y, tras detenerse dijo al que le seguía:

—Peter, acércate, hay un tipo muerto.

A los pocos instantes, los dos hombres miraban con manifiesta extrañeza a un hombre, de aspecto muy joven, tendido en el suelo y sobre cuyo cuerpo caían de lleno los ardorosos rayos del sol.

— ¿Quién puede ser ese tipo tan estrafalario, Clark?

—Es la primera vez que lo veo por estos andurriales. No es blanco y tampoco indio. Por el color de su piel yo diría que es un chino.

—Los chinos llevan el pelo atado en forma de coleta y, por lo general, son bajitos. Éste, en cambio, es alto y tiene el pelo cortado casi al rape.

Continuaron observando el cuerpo tendido en el suelo rocoso y de nuevo uno de ellos manifestó:

— ¿Te has fijado cómo va vestido? ¿Y si fuera una mujer?

—No; sus facciones son de hombre, y esa prenda, aunque lo parezca a simple vista, no es una falda de mujer. Es demasiado corta, observa que le llega por encima de las rodillas. Tal como la lleva ajustada al cuerpo por el cinturón, más bien parece una túnica como las que llevaban los antiguos romanos.

—¿Y cómo sabes tú lo de la túnica de éstos que has dicho?

—Porque cuando era niño fui a la escuela y me acuerdo que en un libro había un dibujo de un romano que iba vestido casi igual.

Después de la contundente explicación en tono que no admitía réplica, Peter se acercó al hombre y tocó las finas y cortas botas que usaba el supuesto cadáver. De pronto, retrocedió y exclamó:

— ¡Clark, no está muerto, su pecho se mueve como si todavía respirara!

—Pues el pobre está en las últimas. Debió de alcanzarle el calor de la bola de fuego que vimos caer del cielo.

— Puede que sólo esté agotado y sediento. Voy a darle de beber.

Seguidamente, fue hasta su burro y tomó una cantimplora con agua, con la que se acercó al caído. Le introdujo el gollete en la boca y vertió un poco del líquido que el joven, completamente inanimado, no ingirió.

—No ha tragado ni una gota. ¿Qué hacemos?

—No sé, Peter, tal vez lo más acertado sería pegarle un tiro para terminar con su agonía. Ese tipo ya no va a vivir mucho tiempo.

—Por grave que esté, sería cometer un asesinato y nosotros somos buscadores de oro, no criminales.

—Pues entonces prosigamos la marcha, ya que no podemos hacer nada por él.

Peter permaneció unos momentos callado y después preguntó por segunda vez:

— ¿Quién demonios será ese tipo tan estrafalario?

—Ya te lo dije antes, un chino.

—No me parece chino. En el campamento minero de Mamelwook hay dos cocineros chinos y son muy distintos.

—Pues es amarillo como ellos.

—Sí, es verdad, pero no es chino, aunque su piel tenga un color semejante —insistió tercamente el llamado Peter, que era el más viejo de los dos.

—Puede que tengas razón, pero ¿qué nos importa a nosotros que lo sea o no? Prosigamos nuestro camino.

— ¿Y vamos a dejarlo tirado en ese estado?

— ¿Qué podemos hacer, quedarnos aquí para acabar achicharrados por el sol como él? —replicó impaciente Clark.

Peter guardó silencio unos minutos, meditabundo. Después, con amplia y enigmática sonrisa, contestó:

—Lo llevaremos a Cuberton.

— ¿Cómo? ¿A Cuberton? ¡Tú estás loco!

Peter no contestó. Se acercó al joven objeto de la discusión y miró detenidamente la rara vestimenta con que iba ataviado. Luego, palpó minuciosamente su cinturón y explicó:

—No tiene bolsillos y el cinto es demasiado fino para que pueda ocultar nada; por tanto, no llevará encima ni un miserable centavo.

— ¿Qué esperabas, encontrar una fortuna que nos hiciera ricos? —preguntó Clark desdeñosamente.

—En tu cabezota jamás cabrá el sentido del humor. Llevaremos a ese sujeto a Cuberton, se lo entregaremos al «doc» y habremos hecho una buena acción. Ya me entran ganas de reír al pensar en el berrinche del «sierrahuesos» cuando tenga que hacerse cargo del tipo ése y nadie le pague la cuenta. Voy a cobrarme el medio dólar que me

cobró por arrancarme aquella maldita muela que tanto me dolía... el muy bellaco, medio dólar por una sola muela.

—Es una buena idea, Peter, pues aunque nos retrasemos un día en encontrar la mina que ha de hacernos ricos, bien vale la pena gastarle esta broma al avariento «doc» —contestó Clark, soltando una estruendosa carcajada.

Y acto seguido, los dos buscadores de oro colocaron sobre uno de los burros el cuerpo del joven y emprendieron, muy satisfechos, el camino hacia el pueblo de Cuberton.

Merced al deseo de una venganza pueril de Peter, el extraño individuo, con muestras aparentes de estar al borde de la muerte, de no fallecer en el trayecto hasta Cuberton recibiría la asistencia más o menos eficaz de un hombre que ejercía la medicina en un miserable poblado.

* * *

Cuberton era una de tantas poblaciones nacidas espontáneamente como los hongos. Lo que sólo era hoy un terreno yermo a los pocos meses se había convertido en un nuevo pueblo, que, al igual que la mayoría, se construía formando una ancha calle principal con algunas callejuelas que afluían a la misma.

Hacía ya varias horas que había anochecido cuando, guiados por la luz de algunos quinqués que escapaba a través de las ventanas abiertas, dos hombres, arrastrando a un par de burros, encaminaron sus pasos por la polvorienta calle principal a la más alejada de las casas, una que se hallaba separada del resto por un centenar de metros de distancia.

Uno de los recién llegados subió los tres peldaños de madera y, con la palma de la mano, golpeó rudamente varias veces la puerta de la casa frente a la cual se habían parado.

A los pocos momentos, la puerta fue abierta y en el dintel apareció la silueta de un hombre de baja estatura, delgado, con una barba gris recortada y vestido con pantalón negro y camisa de inmaculada blancura. Alzó el quinqué que llevaba en la mano derecha e iluminó el rostro del visitante que con tanta fuerza acababa de llamar, a quien preguntó en cuanto lo hubo reconocido:

— ¿Es preciso que metas tanto ruido, Peter?

—Perdone, «doc», pero traemos a un tipo que está a punto de morir.

— ¿Quién es?

—No lo sabemos; lo encontramos tirado cerca de la peña de Los Cuervos.

— ¿Cuántos balazos?

—Ninguno, «doc».

— ¿A qué esperáis para entrarlo? —preguntó seguidamente el médico con manifiesto mal humor.

Peter retrocedió y, ayudado por su compañero entraron al desconocido en la casa, precedidos por el dueño, hasta una habitación en la que se veía una mesa alargada de madera, un sillón y una vieja vitrina con algún instrumental de cirugía.

—Dejadlo sobre la mesa —indicó el médico.

Más, al observar las ropas del enfermo que los dos mineros habían traído, gritó iracundo:

— ¿Intentáis burlaros de mí? ¿Qué significa esta mascarada?

—No, «doc». Le confieso que nosotros quedamos tan extrañados como usted ahora al ver por primera vez al sujeto —contestó sinceramente Clark.

—Lo encontramos muy próximo al lugar, donde, sin duda por las huellas, cayó la bola de fuego —añadió Peter.

— ¿Bola de fuego?

—Sí, «doc». Tanto Clark como yo la vimos caer del cielo —replicó Peter mientras salía de la casa seguido de Clark.

—Y a lo mejor iba montado en ella —añadió Clark desde la puerta, soltando de nuevo una carcajada estruendosa.

Durante algún tiempo, el médico permaneció inmóvil, mascullando, rojo de ira, maldiciones contra los mineros hasta que fue interrumpido por una voz a sus espaldas que preguntó:

— ¿Qué te ocurre, papá?

—Que un par de imbéciles me han traído a ese mamarracho medio muerto. Como no tengo otra alternativa que examinarlo, ¿quieres traer más luces?

—Sí, papá.

Al poco rato, la habitación destinada a sala de curas estaba lo suficientemente iluminada como para que el médico pudiera iniciar el reconocimiento del enfermo.

A medida que el hombre iba examinando al paciente, su rostro iba adquiriendo un claro desconcierto, que fue en aumento cuando puso el oído sobre el pecho de aquel cuerpo inanimado para auscultarlo.

—Es un caso raro —dijo para sí, pero no lo bastante bajo para que su hija no pudiera oírlo—: tiene el corazón en el centro del pecho y el color de su piel no es menos extraño.

Después, repitió la auscultación y comentó en el mismo tono:

—No creo que viva muchas horas, pues los latidos del corazón ya casi son imperceptibles.

— ¿Por qué va vestido de esa forma tan extravagante, papá?

—No lo sé. Pero si observas con atención esta tela —contestó a la par que la tocaba varias veces—, podrás comprobar que no es hilo, algodón ni seda; es un tejido tan extraño como él.

— ¿Quién será?

—Lo ignoro y no creo que lleguemos a saberlo jamás, porque, a mi juicio, no pasará de esta noche.

—Tú eres uno de los mejores médicos de la comarca. ¿No puedes hacer nada para salvarlo?

— ¡Se me consideraba, hija, uno de los mejores médicos de San Francisco! Ahora, al decir de las gentes, sólo soy un «sierrahuesos» y que, además, morirá pronto —contestó con amargura el padre.

—Papá, por favor, ten esperanza, ya verás cómo el aire seco de estas montañas te sanará —contestó visiblemente entristecida la muchacha.

Y con la intención de desviar la conversación, el médico respondió a la pregunta que poco antes le formulara su hija.

—Lo siento, lo han traído demasiado tarde y mi ciencia no puede ayudarlo; prácticamente está en el umbral de la muerte.

Con las primeras luces del día siguiente, unos golpes suaves en la puerta del dormitorio del médico hicieron que éste despertara de su ligero sueño.

— ¿Eres tú, Elizabeth?

—Sí, papá.

—Pasa.

Tan pronto como la joven estuvo en el interior del dormitorio, su padre le preguntó desde la cama:

—¿Qué ocurre, hija, para qué me despiertas a hora tan temprana?

—Quiero hablarte del extraño individuo de ayer.

—Ha muerto, ¿verdad?

—No, padre. He de confesarte que esta noche apenas he podido conciliar el sueño pensando en él. Me he levantado muy temprano y, al ver si todavía continuaba con vida, he tenido la sensación de que respiraba con más fuerza. Entonces, y no me preguntes la razón, porque no sabría contestarte, le incorporé la cabeza y, con una cuchara, le entreabrí los cerrados labios y le di agua...

— ¿Y...? —preguntó su padre.

—Se la bebió.

— ¿Estás segura?

—Absolutamente, porque repetí la operación varias veces hasta terminar con el contenido de un vaso.

—Es incomprensible.

—Te digo la verdad, papá.

—Ya lo sé, pero no puedo comprenderlo. Anoche se hallaba en estado de coma. Bajo en seguida.

Pocos minutos después, el médico auscultaba de nuevo al raro individuo, que aún permanecía en la misma posición que lo dejaran los dos buscadores de oro. Al finalizar el superficial reconocimiento, explicó a su expectante hija:

—No quisiera equivocarme, pero su corazón parece latir con más fuerza.

— ¿Crees que se salvará?

— ¿Estás interesada por ese hombre? —inquirió su padre, con entonación indefinida a la par que la miraba fijamente.

—Sólo siento compasión por él —replicó de inmediato la joven, al comprender la intención de la pregunta.

—Lo intentaremos, a pesar de que no sepa la dolencia que padece. Por el momento, iremos alimentándole con líquidos. Después, ya veremos qué sucede —dijo el médico contestando a la anterior pregunta de su hija.

Doce días después de haber sido llevado a la casa y alimentado pacientemente por la joven, el enfermo pareció despertar de aquel extraño sopor. Abrió los ojos, de color gris acerado y, moviendo ligeramente la cabeza, fue observando, a través de una espesa neblina, la habitación donde se hallaba, sintiendo, a medida que recobraba la noción de las cosas, una fuerte opresión en el pecho y un doloroso hormigueo en todo el cuerpo. Pese a estar todavía semiinconsciente, al vislumbrar muy confusamente a dos personas junto a él, intentó hablar sin que pudiera llegar a articular ninguna palabra porque de nuevo perdió el conocimiento.

— ¡Papá! —exclamó angustiada la joven.

Rápidamente, el médico asió una de las muñecas del enfermo y le tomó el pulso, mostrando un manifiesto alivio en el rostro cuando explicó:

— Ha sufrido un desvanecimiento. Casi me atrevo a asegurar que sanará.

Transcurridas algunas horas, el extraño paciente recobró por segunda vez el conocimiento. Poco a poco fue recuperando las facultades corporales y su mirada, ya con bastante claridad, se posó sobre la joven que estaba sentada a su lado. Vio un rostro de singular hermosura, de piel blanca, grandes ojos azules y cabellera dorada. La muchacha, a su vez, le miraba a él. Haciendo un gran esfuerzo, vinieron a la memoria del extraño paciente los últimos hechos que recordaba... la señal indicadora de la pronta desintegración del

módulo espacial que pilotaba, cuando lo abandonó a la carrera, cuando le faltó el aire para respirar, la caída a un pozo sin fin... y nada más. Por el aspecto de la criatura que le parecía, recordar en pasados sueños y por el lugar donde se hallaba, comprendió que, increíblemente, se encontraba con vida en el planeta objeto de las investigaciones por parte de su mundo. Intentó incorporarse, pero la joven le puso la mano en el pecho, a la par que le decía;

— No se mueva, ha estado muy enfermo. Mi padre es el médico del pueblo y ahora usted se encuentra en nuestra casa. Voy a buscar a papá.

Kufal, naturalmente, no comprendió las palabras de la muchacha, pero el tono amable con que las pronunció tuvieron la virtud de impresionarlo gratamente e infundirle confianza.

Tan pronto como la muchacha desapareció de su vista, el joven no cesó de meditar en lo inconcebible de que aún estuviera con vida. Si en realidad se hallaba en el planeta donde cayó, forzosamente debería de haber muerto debido a la mayor riqueza de oxígeno de aquella atmósfera. Instintivamente, y pese al dolor que experimentó al levantar el brazo, se pasó la mano por el rostro y al tocarse una crecida barba supo que había permanecido muchos días privado de conocimiento desde que, al intentar salvar la vida en un esfuerzo supremo, abandonó a la carrera su cápsula espacial.

La entrada de otro ser, acompañando a la joven que viera en su primer momento de lucidez, interrumpió sus pensamientos.

— Bien, muchacho, por fin se ha recuperado usted. ¿Cómo se siente?

Kufal miró fijamente al hombre que le hablaba y, al no entenderlo y saber que tampoco podían comprenderlo a él, guardó silencio.

—No tema, somos amigos. Me llamo Stafford y soy el médico de Cuberton. No voy a fatigarlo con una larga conversación; sólo me interesa saber cómo se encuentra usted.

Nuevo silencio por parte de Kufal.

—¡Vaya agradecimiento, después de haberle salvado de una muerte segura! —exclamó irónico Stafford.

Y como en el rostro de Kufal continuara la misma plácida serenidad, la joven intervino para manifestar su repentina duda:

—Papá, ¿y si no fuera americano?

* * *

—Elizabeth, ¿crees que hemos hecho lo suficiente en beneficio de ese sujeto? — preguntó Stafford a su hija, mientras observaban por la ventana cómo un joven alto, enjuto, frente despejada, cabello y barba

negra, vestido con un fuerte pantalón y una camisa de franela a cuadros adiestraba a un perrito de pocos meses en el patio de la casa, dándole órdenes una y otra vez en un idioma totalmente desconocido.

—Sí, papá, no te quepa la menor duda.

—Me alegra oírtelo decir, porque ya es hora de que prosiga su camino. No estoy dispuesto a tenerlo por más tiempo como huésped.

—Pero, papá, si no puede valerse por sí mismo; ya sabes que tiene mentalidad de niño. Recuerda que no sabía ponerse los pantalones y ni siquiera tuvo la más remota idea de cómo debía afeitarse.

—A nosotros no debe importarnos; hace más de un mes que se recobró totalmente y no podemos seguir manteniéndolo toda la vida. Además, te diré una cosa, no creo que sea un retrasado mental o un idiota, sólo tienes que ver cómo está adiestrando al cachorro.

—Igual que haría un niño.

—Hija, te pido que seas sincera conmigo. Ese hombre tiene buen porte, es joven, bien parecido y el sol ha tostado su piel de tal modo que ha perdido aquel color amarillento tan pronunciado. ¿No te habrás enamorado de él durante su permanencia en nuestra casa?

—No, papá, aunque le tengo gran afecto, porque yo, —y haciendo una comparación indebida—, soy para él lo mismo que él es para el perro.

— ¡Y esto te halaga!

—Te equivocas, ese insólito proceder que tiene de depender siempre de mí hace que me sienta responsable de él.

—¡Tonterías!

—No acostumbro a pedirte nada, papá, pero ahora te lo suplico, deja que permanezca junto a nosotros una temporada más.

Stafford guardó silencio momentáneamente; luego, tras mirar un largo rato al joven desconocido, dijo:

—Está bien, puede quedarse hasta que, según tus propias palabras, le sea posible valerse por sí mismo.

—Gracias, papá.

Capítulo ii

A medida que pasaban los días, el joven extraterrestre iba adaptándose al nuevo ambiente de vida en el que transcurriría la suya en lo sucesivo.

Aunque las costumbres de los habitantes del mundo en que ahora vivía le eran totalmente desconocidas, se había percatado, no obstante, de que diferían notablemente de las de su planeta de origen tanto en el aspecto técnico como en el social, circunstancia que contribuía a que Elizabeth se convirtiera para él en el madero salvador al que se agarra el náufrago en la inmensidad del océano.

—George —dijo aquella mañana la joven a Kufal, llamándole por el nombre que ella le había impuesto—, acompáñame Vamos a ir al almacén de Smeley a encargar provisiones.

—Con una boca más, es natural que se nos terminen antes —rezongó Stafford sin apartar la mirada del viejo libro que estaba leyendo.

La joven pareció no haber oído a su padre. Se puso un sombrerito sobre la rubia cabellera, y apremió a Kufal:

—Vamos, George.

—Sí —contestó Kufal pronunciando una de las primeras palabras aprendidas del vocabulario que, a partir de ahora sería su nuevo idioma.

Mientras andaban por las aceras de madera de la calle principal de Cuberton, Kufal sonreía satisfecho al ver las muestras de simpatía que recibía la joven por parte de los transeúntes.

De pronto, un hombre joven, de baja estatura, pero de aspecto fornido, que caminaba en dirección a ellos, se paró cortando el paso a la pareja a la par que preguntaba con sardónica sonrisa:

—Oye, monada, ¿quién es ese tipo que te acompaña? No irás a decirme que es el tipo de la faldita que trajera Peter, ¿verdad?

—No creo que le incumba a usted.

—Pues claro que no, pero me gustaría verlo con su vestidito —replicó el individuo ya con marcada risa burlona—, seguro que estaría monísimo.

Kufal, si bien no comprendió totalmente las palabras que se cruzaban, adivinó al instante, sin acabar de entender la razón, que aquel individuo estaba molestando a Elizabeth. De repente, en sus ojos grises apareció un brillo acerado y la sangre afluyó con mayor intensidad a su rostro, al mismo tiempo que sentía dentro de sí, por

vez primera en su vida, animadversión hacia un ser humano.

—Continuemos nuestro camino, George —indicó la joven sin poder disimular su desagrado.

—Anda, perrito faldero, ve con tu ama.

—Es usted un miserable, señor Burton.

—Tu padre todavía lo es más, niña.

Las insultantes palabras del individuo hicieron que Elizabeth acabara de perder la ecuanimidad y, movida por un impulso incontenible, diera una sonora bofetada a Burton.

El expectante Kufal, como accionado por una corriente eléctrica, obró con inusitada rapidez. Primero, apartó a Elizabeth a un lado, y después, imitando la acción de la joven, con la mano abierta golpeó la mejilla de Burton con tal potencia que le hizo trastrabillar hasta ir a chocar contra la fachada de un edificio.

Pero, de inmediato, Burton se rehízo y, avalanzándose sobre Kufal, le pegó un terrible puñetazo en el pecho que lo derribó sobre la polvorienta calle. Luego, aprovechando aquella circunstancia favorable, saltó rápidamente hacia el joven extraterrestre y le lanzó una tremenda patada a las costillas que, por haber dado velozmente Kufal unas vueltas sobre sí mismo, no llegó a alcanzarle.

En la hasta aquellos momentos solitaria calle, aparecieron súbitamente varios hombres que formaron en seguida un amplio círculo alrededor de los dos combatientes, para observar, sin intervenir en ella, la pelea que se había iniciado.

Entretanto, Kufal se había levantado y recibido en pleno rostro un tremendo directo de Burton, puñetazo que en esta ocasión encajó sin que sus pies se movieran del suelo donde parecían estar firmemente clavados.

El extraterrestre, jamás había peleado, ya que en su mundo, más avanzado en todos los aspectos, ningún habitante insultaba a otro. En caso de surgir diferencias entre ellos, éstas eran dirimidas por un código de competentes leyes. A pesar de ello, de la experiencia de los dos golpes recibidos aprendió al instante que, para ser más contundente, debía pegar con el puño cerrado y evitar al mismo tiempo ser alcanzado por los golpes de su rival.

Burton, enardecido por la clara ventaja que llevaba en la pelea, lanzó otro demoledor puñetazo a Kufal, sin que en esta ocasión lograra alcanzarlo, puesto que éste, ladeándose, pudo esquivar el castigo.

Ahora, el hombre amarillo entró en acción asestándole, a su vez, un duro golpe que se estrelló en el estómago de Burton, haciéndole retroceder unos pasos semidoblado por el dolor, circunstancia de la

cual se aprovechó Kufal para acercársele y, antes de que se recobrara, pegarle con toda la fuerza de que fue capaz, un terrible puñetazo con la zurda en el mentón que, ante la admiración de cuantos presenciaban la pelea, elevó en el aire a su antagonista, que cayó de espaldas en la calle sin que ya intentara levantarse. El potente castigo lo había dejado inconsciente.

—¡George, basta! —gritó Elizabeth para hacerse oír por encima de los vociferantes espectadores.

—Sí —contestó Kufal sumiso, respirando fatigosamente y sacudiéndose el polvo de las ropas mientras se aproximaba a la joven.

—Regresemos a casa.

Tan pronto como entraron en la vivienda y pasaron frente a Stafford, éste levantó la mirada del libro que leía y, al observar la palidez del rostro de su hija y el hilo de sangre que salía de la comisura de los labios de Kufal, preguntó:

— ¿Elizabeth, qué ha ocurrido?

—George acaba de pelearse con Burton.

— ¿El capataz del rancho «Tres Lunas»?

—Sí.

—Ya ves a qué conduce tu insensatez de querer albergar a toda costa a ese extranjero en nuestra casa. No sólo he de mantenerlo, sino que, además, se permite acarreamos disgustos.

—Papá, no lo culpes. Burton lo insultó...

—Tu patrocinado va a resultarnos un pendenciero. ¡Esto se acabó! ¿Te enteras?

— ¡Espera, no te precipites en tus conclusiones! Burton también te insultó a ti, y yo, sin poderme contener, le pegué una bofetada... fue entonces cuando George peleó con él. No hizo más que salir en mi defensa. ¿Va a ser éste el pago que reciba de ti?

—Yo marchar como dice doctor. Yo no ocasionar más disgustos al doctor —intervino Kufal ante la consiguiente sorpresa del padre y de la hija al oírle pronunciar por vez primera frases tan largas en una conversación.

—Disculpa a mi padre, George, desconocía los motivos de tu pelea con aquel hombre. Primero curaré la herida de tu labio, y después deja que hable con él. Ya verás cómo cambia de opinión. ¿Me has comprendido?

—Sí, pero luego yo marchar. Yo... agradecido mucho de ti y de él, ser muy bondad para mí, pero yo marchar.

—¿Y adonde irás, George? —preguntó compungida Elizabeth ante la firmeza del tono de Kufal.

—Ignorar. Yo empezar vida nueva en mundo nuevo.

—George —intervino Stafford—, voy a hablarte con sinceridad, ya que entiendes perfectamente cuanto decimos. Mi hija te cree un retrasado mental, es decir, un hombre con entendimiento de niño, pero yo opino lo contrario; considero que eres muy inteligente, porque te he venido observando durante los dos meses que has permanecido en nuestra casa y has asimilado con extraordinaria rapidez cuanto te ha enseñado Elizabeth. De lo que no tengo duda es que no ha transcurrido mucho tiempo desde tu llegada a América y me atrevería a asegurar que tu país de origen es Asia, y, más concretamente, que eres hijo de blanco y china. ¿Me equivoco?

Kufal permaneció en silencio unos momentos y, por unos instantes, estuvo tentado de confirmar la hipótesis del médico que, posteriormente, podría utilizar, mas, al ver la mirada de Elizabeth fija en él, no tuvo valor para mentir y se limitó a responder escuetamente:

—Doctor..., equivocar. Yo venir de más lejos, mucho más lejos.

—¿De dónde? —inquirió interesado Stafford.

—Doctor no poder comprender, mucho más lejos.

—Bien, allá tú, si no quieres decírnoslo. Ven, te pondré un desinfectante en el corte del labio, y luego, más sosegadamente, ya decidiremos acerca de tu futuro.

—Yo después marchar; empezar vida nueva en mundo nuevo —replicó Kufal.

—George —dijo Elizabeth—, papá no quiere que te marches en seguida, no le has comprendido bien.

—Sí haber comprendido, pero yo tener que vivir ya siempre en tu mundo —contestó Kufal sin que padre e hija llegaran a comprender el verdadero sentido de las palabras del joven extraterrestre.

* * *

Los días, las semanas, los meses, se sucedieron rápidamente y el caluroso estío dejó, por ley natural, paso al crudo invierno.

En la sala de curas, el doctor Stafford estaba de pie escuchando las palabras de otro hombre sentado en el único sillón y con la pierna derecha completamente estirada.

—Pues sí, «doc», tan pronto como llegan las primeras nieves, esta maldita pierna vuelve a dolerme horrores; tendrá que darme otro frasco de linimento.

—Bueno, pero ya sabe, no debe aplicarse más de tres friegas al día. No haga como la última vez que se produjo ulceraciones.

—Descuide, por la cuenta que me tiene, no lo haré. Después todavía resulta peor el remedio que la enfermedad.

Mientras, el médico de Cuberton se aproximó a un armario, lo

abrió y sacó un frasco, que lo entregó al paciente.

—Aquí tiene —y como viera que el hombre rebuscaba en los bolsillos del pantalón, añadió—: Es un regalo, Tom.

—Gracias, doctor.

El lisiado tomó el frasco y salió de la habitación, renqueando ostensiblemente, y tuvo que apartarse a un lado para que entrara en la consulta una mujer que tosía incesantemente. Al llegar a la puerta de salida, el gesto de dolor que el hombre mostraba en el rostro se dulcificó como por ensalmo y sus labios se distendieron en amplia sonrisa cuando vio a Elizabeth que parecía aguardarlo.

—¡Hola, pequeña! —saludó afablemente.

—¿Cómo se siente, Tom?

—Mal, hija, mal —pero al ver la expresión del rostro de la joven, preguntó seguidamente—: Deseas preguntarme algo, ¿verdad?

—Sí, Tom.

—Pues anda, desembucha ya.

—¿Cómo está George? ¿Se porta bien con usted?

—Es un gran muchacho y trabajador como ninguno. Sólo te diré que es capaz de hacer el trabajo de varios hombres. ¡Jamás había visto a un tipo con una fuerza tan prodigiosa! Hiciste bien en enviármelo... aunque me parece que es algo brujo —indicó después de una larga pausa y con tono grave.

—Recuerde que proviene de un país muy lejano y aún no se ha adaptado a nuestra manera de ser.

—Ya me lo advertiste, pero a pesar de ello continuó pensando que tiene algo de brujo.

—¿Por qué, Tom?

—Pues verás, cuando terminamos la jornada de trabajo, él se marcha al cuarto que le preparé en la parte trasera de la herrería, permanece un rato allí y luego vuelve a salir para proseguir el trabajo, en no sé qué cosas, horas y más horas, hasta muy avanzada la noche.

—Pero esta conducta no indica que sea «algo brujo» como usted le llama.

—Sí, hija, sí lo es. Y prefiero decírtelo así a que tiene un pacto con el demonio por las cosas que hace.

— ¡Por favor, Tom!

Entonces, el herrero se acercó a Elizabeth y le susurró:

—Te voy a revelar un secreto, hija, porque tengo el convencimiento de que George te gusta y no estaría tranquilo si te lo ocultara. Hace cuatro o cinco noches, al no poder conciliar el sueño debido al dolor de la pierna, me levanté de la cama para pasear, a ver si se me calmaba. Al pasar frente al cuarto de George, vi la puerta abierta y me asomé para hablar un rato con él y... ¡ojalá no lo hubiera

hecho!

— ¿Por qué? —apremió Elizabeth cuando el herrero se interrumpió.

—Porque contemplé lo más extraño que puedas imaginar. Encima de la mesa tenía una botella vacía de whisky que daba tanta luz como diez quinqués juntos.

—Serán imaginaciones tuyas, Tom.

—No, muchacha, quedé tan sorprendido de cuanto veía que entré en el cuarto. No me había engañado: allí había una botella, con unos alambres que salían del interior, que daba una luz semejante a la del sol. ¡No te quepa duda de cuanto te digo: un brujo o un endemoniado!

Era tal el tono de sinceridad y a la par de temor del herrero que Elizabeth no dudó en creer que Tom había observado algo insólito en el dormitorio de George.

—¿Y sabe él que usted ha descubierto su misterioso aparato de producir luz?

—¡No lo quiera Dios! Hasta ahora siempre me ha tratado con gran cariño, pero ¿qué ocurriría si llegara a enterarse? —contestó el herrero sin poder contener un estremecimiento de miedo.

—No tema, Tom, George es bueno y no le causará ningún mal. Estoy segura de ello.

—Sí, pero...

—No cuente a nadie lo de la botella luminosa; deje que primero hable yo con él.

—¿Y le contarás...?

—No, Tom, seré yo quien haga el descubrimiento —interrumpió la joven intentando calmar al nervioso herrero.

— ¿Y vas a correr ese riesgo? No lo hagas, Elizabeth, ya te he dicho que es un brujo o un endemoniado; recuerda el modo extraño en que iba vestido cuando lo halló Peter.

—Cálmese, Tom, y déjeme hacer a mí. Ya verá cómo todo este misterio aparente tiene una explicación natural.

—Quiera Dios que no te equivoques.

Y tras aquellas palabras pronunciadas casi como si hubiera recitado una plegaria, el herrero salió del consultorio del médico perdiéndose pronto, con su renqueante paso, en la negrura de la noche.

Capítulo iii

Caían los primeros copos de nieve, cuando una carreta se detuvo frente a la herrería de Cuberton. El hombre sentado en el pescante, tras subirse el cuello de su grueso chaquetón, saltó ágilmente al suelo y a la par que golpeaba el suelo con los pies para desentumecer las ateridas piernas, gritó:

— ¡Eh, Tom! ¡Viejo condenado! ¿Dónde estás?

Instantes después, Tom, arrastrando materialmente la pierna lisiada, apareció en el ancho umbral y preguntó:

— ¿Qué hay, Morris?

—Tienes que cambiar el eje de las ruedas traseras: ahora desengancharé los caballos, y luego, antes de que anochezca, vendré a recogerla.

—Ya es muy tarde, hasta mañana no me será posible tenerla lista.

—Necesito la carreta hoy.

—No podré hacerlo con tan poco tiempo, Morris; compéndelo, hay mucho trabajo.

—Compóntelas como puedas. Cuando vuelva ha de estar arreglada.

Tom miró a su interlocutor, un hombre de unos treinta años, alto, de anchos hombros y de fuerte complexión, y después, en tono suplicante, contestó:

—Hay demasiado trabajo para tenerla lista en tan poco tiempo, Morris.

—Procura hacerlo o, de lo contrario, te romperé la pierna que aún te queda sana.

De pronto, y antes de que Tom pudiera replicar, sonó una voz fría a sus espaldas:

—La carreta no estará dispuesta hasta mañana; ya lo ha oído usted.

— ¿Y tú quién eres, mequetrefe? —preguntó Morris con insolencia, mirando al hombre alto y enjuto, de tez ligeramente amarillenta y que, pese al frío intenso que reinaba, iba vestido únicamente con un simple pantalón y una sucia camisa con las mangas arremangadas hasta la altura del codo.

—Deberías saberlo —replicó Kufal—, pues ya llevo algunos meses trabajando con Tom.

—En este caso, escucha también tú: antes del anochecer vendré a buscar la carreta y ¡pobres de vosotros si no está cambiado el eje!

—Harás el viaje en vano; Tom ha dicho que no puede estar y yo te lo repito: no estará. Y ahora pon atención también tú: no se te ocurra,

ni por ensueño, rozar un simple hilo de la ropa de Tom.

—¿Me estás amenazando?

—No; sólo te hago una advertencia —replicó Kufal, acentuada la mirada acerada de sus ojos grises y el tono glacial de sus palabras.

—Tienes suerte de que preciso que tus huesos estén en condiciones para trabajar, porque momentáneamente te libras de una paliza.

—Puede que tenga suerte, como dices tú, pero, a pesar de tus amenazas, continúo repitiendo que aquí quien dispone es Tom y si dice que hasta mañana no tendrás la carreta reparada, así será.

—Está bien, pero te prometo que mañana saldaremos cuentas tú y yo... a no ser que pongas los pies en polvorosa en cuanto te dé la espalda.

—Me encuentro muy bien en Cuberton; por tanto, puedes marcharte tranquilo, porque me encontrarás aquí.

Tan pronto como Morris se alejó profiriendo una sarta de reniegos, el herrero, con visible preocupación, dijo a Kufal:

—No pienses que soy un desagradecido, George, pero hubiera preferido que no hubieras intervenido en la discusión, puesto que, al final, yo habría convencido a Morris de lo imposible de su pretensión.

—Ha sido la primera y última vez que me inmiscuyo en sus asuntos, Tom. ¡No volverá a ocurrir, se lo prometo!

—No me has comprendido, muchacho; mi única intención al hablarte de ese modo ha sido por el temor de que tengas una bronca con Morris. Aunque tú posees una fuera descomunal, Morris es un bruto y temo que pueda lastimarte.

—Si tiene la carreta preparada para llevársela, no veo motivo por el cual tengamos que pelear.

—No conoces a Morris. Es un pendenciero y, si te encuentras aquí mañana, de seguro habrá pelea.

—En este pueblo siempre hay peleas y luchas entre los hombres, llegando, incluso, a matarse entre sí. ¿Sucedé igual en otros sitios?

—Sí, George, en todas las ciudades del Oeste ocurre igual.

—¡Extraño modo de ser las gentes de su mundo, Tom!

Y el herrero, que jamás hubiera podido llegar a comprender por mucho que se lo explicaran la procedencia extraterrestre de Kufal, al no interpretar correctamente las palabras del joven, preguntó:

—¿Acaso en el tuyo no pasa lo mismo?

—No, Tom —replicó Kufal levantando instintivamente los ojos al cielo, como si quisiera ver a su planeta de origen—: Allí, por principios, nadie lucha contra su hermano, y mucho menos llega al extremo de darle muerte. La vida entre los hombres transcurre en la más completa armonía.

—¡Demonios! ¿Y por qué viniste entonces a América?

—Si se lo contara, así de pronto, no me creería y, además, posiblemente pensaría que estoy loco. No obstante, puede que más adelante lo haga.

—Cuando te parezca bien, ya me lo dirás. Ahora, basta de charla y pongámonos a reparar la carreta de aquel bruto.

Después de varias horas de incesante trabajo y haber concluido la reparación, Tom, pasándose el brazo por la sudorosa frente, indicó:

—Bueno, muchacho, esto ha terminado. Como yo he quedado molido, creo que un trago nos vendría de perilla para reponer nuestras perdidas fuerzas. Vayamos al «saloon», te invito.

—Vaya usted, Tom, yo prefiero quedarme.

—De ninguna manera, tú vendrás conmigo. No me gusta verte metido en tu cuarto como si fueras un caracol dentro de su caparazón.

—Le aseguro, Tom, que me encuentro a gusto viviendo tal como lo hago.

—Si no me acompañas, tampoco iré yo. ¡Y pensar que esta noche había proyectado cenar en la cantina para librarme de cocinar...! Tú sí que me has fastidiado.

—No se enfade, iré con usted —contestó Kufal, complaciente.

Momentos después, dos oscuras sombras caminaban bajo lo que ya era una copiosa nevada por una de las embarradas callejuelas en dirección a la calle principal donde, al llegar, se encaminaron hacia una de las edificaciones más grandes y en cuya fachada y en la parte alta sabían había un rótulo pintado con llamativas letras rojas, en el que podía leerse durante el día la palabra SALOON.

Uno de los dos hombres, de baja estatura, de unos sesenta años y cojeando de manera manifiesta, entró decididamente en el interior del local seguido a corta distancia por su compañero. Ambos se aproximaron al mostrador y el de más edad pidió, mientras se sacudía la nieve de las ropas:

—«Whisky», Clint, pero que sea legítimo escocés. El matarratas guárdalo para otra ocasión.

— ¿Has heredado, Tom? —preguntó el hombre situado tras el mostrador, esbozando una sardónica sonrisa.

— ¡Maldita sea! ¿Acaso, si me viene en gana, no puedo gastarme unos cuantos dólares?

—Claro que sí —replicó Clint, sin apartar, extrañado, la mirada del compañero de Tom, al verlo en mangas de camisa y sin que mostrara el menor signo de padecer frío.

Tan pronto les fueron servidos los vasos de licor, Tom asió el suyo y se lo bebió de un solo trago, enjugándose luego los labios con el dorso de la mano, a la par que hacía una mueca de deleite.

—Bebe, George, es del bueno —y después, dirigiéndose al llamado Clint, añadió—: ¿A qué esperas para volver a llenarlo?

Ninguno de los dos clientes se percató, pese a la escasa concurrencia, del joven que, sentado solo en una mesa apartada con una botella de «whisky» y un vaso al alcance de la mano, no apartó la mirada de ellos desde el momento en que penetraron en el «saloon». Tampoco observaron cómo se levantaba de la silla y se les acercaba, no obstante reflejarse su imagen en el gran espejo situado entre anaqueles repletos de botellas. Cuando se fijaron en él, fue en el momento de apoyar los codos en el mostrador junto al compañero de Tom y preguntar:

—La reparación de la carreta estará terminada, ¿verdad?

—Sí, Morris —contestó Tom—; tal como te prometí, podrás recogerla mañana a primera hora.

—No te preguntaba a ti —observó el gesto de desagrado de Kufal al ingerir un pequeño sorbo de licor, y ahora se dirigió a él—: ¿Por qué no tomas zarzaparrilla como las mujeres, grandullón? Ya me han contado que acostumbras a ir vestido con una faldita.

Kufal no replicó. Se limitó a dejar el vaso sobre el mostrador y a mirar con muda interrogación a Tom, quien, presagiando lo que iba a acontecer, indicó seguidamente:

—Vámonos, George.

—Espera, viejo, tu aprendiz todavía no ha terminado su «whisky».

—No importa, Morris, se nos hace tarde —contestó rápidamente el herrero con evidente nerviosismo.

—¡Cállate! —gritó Morris. Después, encarándose con Kufal y señalándole el vaso que dejara sobre la madera del mostrador, añadió—: Apúralo hasta la última gota.

—No me gusta —respondió el joven de tez amarillenta, sin que se notara alteración en su voz.

—El hombrecito parece haber perdido las agallas de que presumía esta tarde.

—Déjale en paz, Morris; él no se ha metido contigo —intervino Tom.

—Un legítimo escocés no puede desperdiciarse tan tontamente —replicó el aludido, con burla, sin hacer caso de la súplica del herrero, a la vez que tomaba el vaso y echaba el resto del contenido sobre el rostro de Kufal.

Éste permaneció inmóvil y lo único que movió fue la mirada de sus ojos grises, que se posó de nuevo sobre Tom.

—Vámonos, George —dijo el herrero.

—Espera, aún no he terminado contigo. Te he prometido saldar

cuentas y aquí tienes el primer pago.

Y, uniendo la acción a la palabra, asestó un potente puñetazo en el rostro de Kufal, que lo hizo retroceder unos cuantos pasos.

La pacificadora actitud de Tom cambió súbitamente. Creía empezar a comprender la mentalidad del extranjero que le confiara Elizabeth, y al suponer que Morris se ensañaría despiadadamente con él sin que tal vez se defendiera, le gritó:

—¡No te dejes pegar, George! ¡Defiéndete!

No obstante, cuando el herrero pronunció el imperioso consejo, ya Morris había golpeado dos veces más a Kufal con tanta dureza que consiguió derribarlo al suelo.

Ahora, Kufal ya sabía cómo debía proceder. Se levantó lentamente, a fin de recobrarse del castigo recibido, observando cómo Morris, equivocado con respecto a él por la facilidad con que lo había golpeado, dejaba que lo hiciera mostrando en el rostro una mueca de satisfacción.

Tan pronto como estuvo de pie, Morris se acercó a él y, confiado por el fácil éxito obtenido hasta entonces, lanzó otro puñetazo a la cara de Kufal, quien, ladeando rápidamente la cabeza a un lado, lo esquivó, al propio tiempo que a su vez, repetía los golpes que la experiencia de su anterior pelea contra Burton le aconsejaron. Primero, estrelló el puño derecho en el abdomen de Morris, que si bien aguantó el impacto sin doblarse, el dolor y la sorpresa lo dejaron unos instantes a merced de Kufal, el cual, sin esperar a que se rehiciera, lanzó el brazo izquierdo con demoledora potencia hacia delante, alcanzando la barbilla de su rival, que, después de ser impulsado hacia atrás, cayó al suelo derribando con gran estrépito la mesa contra la que chocó.

En esta ocasión, fue Kufal quien aguardó a que Morris se levantara. Pero en el momento en que ya estuvo erecto, fue a su encuentro y disparó nuevamente la zurda con tremebunda potencia a la cara de su antagonista, derribándolo por segunda vez a varios metros de distancia.

Morris permaneció algunos segundos privado de conocimiento; cuando se levantó, sangrando copiosamente por la nariz y el labio superior, bajó, aunque, torpemente, la mano a la altura de la cadera.

La intención de aquel gesto fue comprendida de inmediato por Kufal. Morris sacaría de la funda de cuero el arma que contenía y dispararía sobre él unas pequeñas porciones de plomo que le causarían la muerte instantánea. En un desesperado intento de salvar su vida, Kufal flexionó las piernas para lanzarse sobre su enemigo, mas, en el momento en que iba a saltar a sus espaldas sonó una voz imperiosa

que detuvo la acción de Morris de sacar el arma mortal.

—¡Quieto, Morris! ¡Ese hombre está desarmado!

—¡Métase en sus asuntos, comisario!

—Es lo que estoy haciendo. Si disparas contra él, cometerás un asesinato y tendré que encerrarte hasta que se te juzgue... y ahorque.

—Eso lo veremos, comisario.

—Entonces, saca si puedes hacerlo antes de que yo dispare.

Y como el hombre que llevaba prendida sobre el chaquetón una estrella de latón tenía amartillado un grueso revólver, Morris apartó la mano de la culata del «Colt» y masculló:

—Nos volveremos a encontrar, herrero, y procura llevar tu revólver porque, aunque vayas desarmado, te mataré.

—Llevo bastante tiempo en el local y he visto que has sido tú quien ha buscado la pelea, Morris. Por tanto, si en esta ocasión has llevado la peor parte, aguanta —dijo secamente el comisario.

Y sin replicar, Morris, con paso vacilante cual si estuviera ebrio, abandonó el «saloon», no sin antes dirigir una mirada cargada de odio a Kufal.

—Me ha salvado la vida, comisario; se lo agradezco infinito.

—No tiene importancia, George; me he limitado a cumplir con mi deber. Morris es un matón y hasta hoy no ha encontrado la horma de su zapato. Lo has vapuleado, hecho saltar como mínimo un par de dientes y lo has puesto en ridículo. Si sabes manejar la artillería tan bien como los puños, te aconsejo que te ciñas la pistolera, porque te buscará hasta que saldéis definitivamente esta cuenta.

— ¡Pero yo no puedo matarlo, comisario, nadie tiene derecho a quitar la vida a un semejante! —exclamó, horrorizado, Kufal.

— Déjate de escrúpulos y hazme caso, porque él, te lo aseguro, no. los tendrá.

* * *

El jinete detuvo bruscamente la cabalgadura frente a la herrería de Cuberton, desmontó con agilidad y, sin preocuparse de atar el caballo, penetró resueltamente en el interior. Pero a los pocos pasos fue detenido por la voz excitada de Tom al preguntar:

—¿Qué quieres?

Cuando los ojos del recién llegado se hubieron acostumbrado a la penumbra del local, al observar que el herrero lo encañonaba con un flamante Winchester, levantó los brazos hasta la altura de la cabeza y murmuró:

—No se precipite, Tom, no vengo en busca de pelea.

— ¿Qué quieres? —repitió el herrero, sin desviar la dirección del

cañón del rifle del pecho de su interlocutor.

—El señor Winter quiere hablar con su ayudante —se apresuró a contestar.

— ¿Y por qué no viene él en lugar de mandarle a usted?

El vaquero desvió la mirada hacia el hombre que había pronunciado las últimas palabras, y en su rostro se reflejó el asombro, a la par que decía, extrañado:

— ¿Cómo?

—Que si al señor Winter le interesa hablar conmigo, ¿por qué no viene él en persona?

—Pero... —empezó a decir el vaquero, desviando ahora la mirada hacia Tom.

—Dile al señor Winter que George irá en seguida; voy a enganchar el carro —intervino Tom.

—Tengo orden de acompañar a su ayudante hasta el rancho; le aguardaré fuera.

* * *

Una hora después, y tras haber penetrado en un terreno cercado con alambre de espino, el vaquero se dirigió al trote, seguido a corta distancia por el destartelado carromato del herrero, hacia una gran edificación totalmente blanca, siendo objeto de curiosa observación por parte de otros jinetes con los cuales se cruzaron.

Al llegar, el jinete, haciendo nuevamente gala de su agilidad, desmontó rápidamente y, tan pronto como el carro se detuvo, dirigiéndose al más joven de los dos ocupantes, indicó:

— ¡Sígame!

Una vez traspasaron el umbral del suntuoso rancho, el vaquero, que se había quitado el sombrero y lo sostenía en la mano, atravesó un ancho corredor y se encaminó en dirección a una puerta cerrada, en la que golpeó suavemente con los nudillos.

— ¡Pasa!

El guía abrió en el acto y, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a su acompañante, manifestó:

—Jefe, es el herrero.

—Bien, puedes largarte. —Luego, dirigiéndose a Kufal, añadió—: Pasa y cierra.

El hombre, de unos cincuenta años, estaba sentado en un amplio sillón detrás de una mesa, y hacía cuentas en una hoja de papel. Dejó la pluma junto a un tintero, para tomar un grueso cigarro y darle chupadas. Después, tras expeler el humo y sin dejar de observar atentamente a Kufal, dijo:

—Bien, bien... De modo que tú eres el tipo que ha zurrado a Burton y a Morris, ¿verdad?

Kufal no replicó.

Winter se levantó de su cómodo asiento y, pasando al otro lado de la mesa, miró detenidamente al joven. Acto seguido, con manifiesta sorpresa, comentó:

—Nadie diría que un tipo tan delgado haya podido vencer a dos de mis mejores hombres. Debes tener una pegada tan fuerte como la cox de un caballo.

Y como Kufal continuara guardando silencio, Winter preguntó ahora:

— ¿Cuánto cobras trabajando para Tom?

—Nada y mucho.

— ¿No podrías explicarte mejor?

—Me da de comer, en la herrería tengo un aposento donde dormir y cuando preciso de cualquier cosa él se encarga de pagarla sin preguntar.

—Te he mandado a buscar para ofrecerte trabajo. En mi rancho también tendrás comida, un sitio para dormir y una paga de treinta dólares. ¿Qué te parece? —indicó el ranhero, exponiendo llanamente el motivo de la entrevista con Kufal.

—Gracias, señor Winter, pero no creo que le convenga a usted.

—Te equivocas. Yo siempre he sabido elegir a mis hombres, tías demostrado ser un tipo duro y a mí me basta eso para incluirte en mi nómina.

—Insisto en que no le convengo, yo soy ing... herrero de profesión. Además, en mi país no se usan los caballos y ni siquiera sé montar. ¿Qué podría hacer yo en un rancho como el suyo?

— ¡Maldición! Eso no es obstáculo; ya te enseñarán a montar.

—Prefiero continuar trabajando con Tom.

— ¿Qué tal eres con un Colt? —preguntó Winter, como si no hubiera oído la negativa de Kufal.

—Jamás he disparado uno.

—Entonces te conviene quedarte a mi servicio, pues, como mi norma siempre ha sido no admitir peleas entre mis hombres, evitarás que cualquier día Morris te dé el pasaporte.

—Agradezco sus buenas intenciones, señor Winter, pero deseo continuar como herrero de Cuberton.

—A fe mía que me desconciertas, muchacho. O eres un valiente sin jactancias, como han de serlo los de verdad, o un tonto de remate.

—Posiblemente sea lo segundo, señor.

La carcajada de Winter resonó atronadora en la habitación. Luego,

cuando cesó de reír, comentó:

—Me caes simpático, herrero, pero, a pesar de ello, he de advertirte que, si rehúsas entrar a mi servicio, no podré impedir que Morris o Burton te manden al infierno... Y créeme que lo sentiría.

—Procuraré evitarlo.

—Allá tú. No obstante, si en el plazo de ocho días has cambiado de opinión, házmelo saber. Es el tiempo máximo que podré retener, digamos, a tus iracundos rivales. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor Winter.

* * *

La cena había terminado en la casa del médico de Cuberton, compartida aquella noche con un invitado. Mientras el doctor Stafford permanecía sentado en una cómoda mecedora, con los ojos cerrados, tal vez dormitando o recordando el pasado, Elizabeth acababa de lavar la vajilla. Después de secarse las manos, se acercó a la ventana de la amplia cocina y, mirando en dirección al cielo, llamó:

—Ven, George; mira qué Luna tan hermosa.

Kufal se acercó a ella y miró también al satélite de la Tierra. Contestó:

—Te engañas, la Luna no tiene nada de hermosa; es un astro con una superficie completamente seca y estéril, plagada de cráteres de todos los tamaños y donde no puede existir ninguna clase de vida. Lo único agradable que tiene, contemplada desde aquí, es la luz del sol que nos refleja en su fase actual.

—Comprendo tu abatimiento y por qué hablas así.

—No, Elizabeth, te estoy diciendo simplemente lo que es en realidad ese astro que tanto admiráis.

La joven permaneció silenciosa durante varios minutos. Luego, de pronto, con manifiesto tono de aflicción, preguntó:

—¿Cuándo te marcharás?

—Mañana al amanecer. Seguiré los consejos de tu padre y de Tom.

—Sentiré que te vayas, George.

—No tanto como yo —replicó Kufal.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó ella con los ojos empañados de lágrimas.

—Lo comprenderás en seguida, porque, como tal vez no volveremos a vernos jamás, voy a revelarte el secreto de mi llegada aquí. Posiblemente, me creas un loco o un ser despreciable que ha querido burlarse de ti contándote una historia fantástica creada en mi imaginación, pero en los dos casos te equivocarás. La realidad es que yo soy un ser extraterrestre.

— ¿Cómo? ¿Un qué? —interrogó ella, al no comprender la última palabra.

—Un hombre que procede de otro planeta, de otro mundo y que, con toda certeza, es el único que convive con los habitantes de la Tierra.

— ¡Es imposible!

—Ya te advertí que mi narración te parecería inverosímil.

— ¡No puedo creerte! ¡Nadie puede venir de otro mundo!

—Sí, Elizabeth, yo lo he hecho. En nuestro mundo, al que vosotros denomináis Marte según he podido comprobar por los libros de astronomía de tu padre, cuando me enseñaste a leer, poseemos unas máquinas voladoras capaces de trasladarnos por el cielo a grandes velocidades y a distancias incalculables. Yo volaba en una de esas máquinas, que se averió y cayó en el lugar que llamáis la Peña de los Cuervos. Allí fue donde me encontraron los buscadores de oro que me trajeron a tu casa. Todavía resulta incomprensible para mí el haber podido sobrevivir y adaptarme físicamente a vuestro medio ambiente.

—¡Pero allí no había ninguna de esas máquinas de que hablas!

—Porque se autodestruyó momentos después de que yo la abandonara.

Elizabeth quedó pensativa y en su mente desfilaron, inconscientemente, los recuerdos de las extrañas circunstancias narradas por Peter acerca de la bola de fuego que vieran caer del cielo, la rara vestimenta de tejido desconocido que usaba George, el secreto que le revelara Tom de la luz misteriosa...

— ¿Y la luz con que te alumbras por la noche, parecida a un pequeño sol, es la que usáis en tu mundo? —preguntó Elizabeth inadvertidamente, pues ya empezaba a creer en la extraordinaria narración de Kufal.

—No, en mi mundo ha alcanzado casi un grado máximo de perfección. Yo sólo he construido una pila rudimentaria —replicó Kufal en tono tan natural que disipó el súbito temor de la joven cuando se percató de que había traicionado la promesa hecha al anciano Tom.

— ¿No volveremos a vernos nunca, George? —preguntó ella, cambiando de repente de tema de conversación, con voz trémula, que presagiaba un próximo llanto.

—Antes no acabé de decírtelo, Elizabeth, pero yo siento esta separación muchísimo. Tú fuiste el primer ser terrestre que vieron mis ojos, tú fuiste quien me cuidó, alimentó, enseñó...

—Y me estás agradecido, lo comprendo —interrumpió ella con visibles lágrimas que se deslizaban ya por sus mejillas.

—Sí, pero además hay en mí un afecto más profundo: este sentimiento al que llamáis amor.

— ¡George! —exclamó Elizabeth, rodeándole impulsivamente el cuello con los brazos, a la vez que lo besaba repetidas veces.

El hombre de Marte, más sereno, apartó con suavidad los brazos de la joven y, con forzada sonrisa, indicó:

—Pueden vernos desde la calle, y si alguien fuera con el cuento a tu padre, seguro que se disgustaría.

— ¡George, no te vayas!

—He de irme, Elizabeth; si me quedara, para evitar que Burton o Morris me mataran, tendría que trabajar para Winter.

— ¿Y qué más da un sitio que otro?

—Para mí, sí. Necesito tener horas libres y disponer de herramientas y materiales para intentar construir un aparato que me permita comunicarme con los hombres de mi mundo, porque ansío poder regresar a mi civilización.

—Me alegraré de que lo consigas. Aunque a mí, en el futuro, sólo me quede el recuerdo de nuestro amor.

—Eres muy joven, Elizabeth; a los diecisiete años todavía se es una niña. Probablemente, conocerás a otro joven, te gustará, te casarás con él y con el transcurso de los años puede que nuestro amor te parezca un sueño. Incluso llegarás a olvidarme.

— ¡Jamás te olvidaré, George!

Capítulo IV

Seis años después.

La diligencia se detuvo bruscamente con fuerte chirrido de frenos delante de un edificio de dos pisos, en el cual colgaba un gran cartelón con la inscripción de «Hotel Day».

El conductor bajó rápidamente del pescante, para abrir la puerta del coche y anunciar con voz cansina:

— ¡Cuberton!

Sólo descendió un pasajero del vehículo. Era un hombre joven, con el rostro cubierto por una recortada barba y ataviado con un elegante traje negro a la moda del Este. Dio unos pasos con el fin de desentumecer las piernas, y, luego, tras mirar con atención la larga calle, indicó al mayor:

—Por favor, ¿quieren bajarme el equipaje?

—A primera vista, cualquiera diría que viene usted de una ciudad del Este —comentó el conductor, sin cumplir el encargo del viajero.

—¿Y qué le hace suponer que no es así? —inquirió el joven con una sonrisa.

—El Colt que ciñe pese a llevarlo oculto por los faldones de la levita.

—Antes de que emprendiera este viaje, me aconsejaron que fuera armado.

—Pues yo también voy a darle un consejo, amigo: Si no sabe usar el arma con destreza, no haga ostentación de ella. Aquí, en el Oeste, la vida de un hombre depende muchas veces de lo rápido que sea en sacar.

—Le doy las gracias por prevenirme.

—No me las dé. Aconsejar a los pasajeros forma parte de mis deberes.

Poco después, el joven vestido de negro dejaba en el piso del vestíbulo del hotel dos pesadas maletas, e inclinándose sobre el pequeño mostrador tras el cual se hallaba el recepcionista, preguntó:

— ¿Tiene alguna habitación libre?

El interrogado miró atentamente al joven y, como respuesta, formuló otra pregunta:

— ¿Jugador?

— ¿Cómo?

—Si es jugador profesional.

—No, señor; soy geólogo.

El recepcionista quedó momentáneamente callado hasta que al fin,

al no comprender el significado de la palabra por más vueltas que le dio en su mente, preguntó:

—Y eso de geo... ¿qué es?

—El estudio de la formación de las rocas.

—¡Ah! —exclamó el hombre, no obstante haber quedado en la misma ignorancia—. ¿Y eso le proporciona dinero?

—No puedo quejarme. Tengo una buena paga.

—¿Trabaja para el ferrocarril? —continuó preguntando el hotelero para satisfacer su curiosidad.

—No, para el gobierno.

— ¡Ah! —exclamó de nuevo.

Después, tendió una maltrecha libreta al joven y, a la vez que le entregaba una pluma, aclaró:

—Lo instalaré en una de las mejores habitaciones del primer piso. ¿Quiere llenar el registro?

Mientras el viajero escribía unas líneas, el hombre Gel mostrador abrió una puerta situada a sus espaldas y llamó:

— ¡Joseph, ven!

Acto seguido apareció un muchacho a quien el hombre ordenó:

—Lleva el equipaje del caballero a la habitación doce.

—Sí, padre.

Cuando el nuevo huésped quedó solo, se despojó de la larga chaqueta y, tras depositarla sobre la cama, se aproximó a la ventana. Tras echar un vistazo a la calle, murmuró:

—Cuberton ha cambiado mucho durante estos últimos años.

* * *

A primeras horas del día siguiente, el joven vestido de negro salió del hotel y encaminó sus pasos hacia una de las callejuelas de la ciudad, hasta pararse frente a un amplio local, al que miró ligeramente desconcertado, mientras, a su vez, era observado por un hombre que le preguntó:

— ¿Desea comprar un caballo? ¿Alquilarlo?

—No, gracias.

— ¿Entonces?

—Busco a un herrero para que me haga unos trabajos y me han indicado este lugar.

—Pues le han engañado, forastero. Si bien hubo aquí una herrería, desde hace años es un establo de alquiler. El mejor de todos los alrededores; se lo aseguro. ¿De verdad no le conviene un caballo?

—Por el momento, no. Dígame, ¿hay herrero en Cuberton?

— ¡Pues claro que sí! Lo encontrará en la primera casa que hay en

las cercanías del pueblo. Aunque esté un poco alejada, creo que la encontrará.

El forastero, como si no advirtiera las miradas que le dirigían cuantos se cruzaban con él, marchó despacio hacia el lugar que le había sido indicado, y, efectivamente, comprobó que la primera casa del pueblo por la apariencia exterior era una herrería.

Se aproximó más y, al llegar a unos diez metros de distancia, se detuvo para observar cómo un hombre de mediana edad golpeaba un hierro. Después de una corta contemplación, el forastero se puso en movimiento y se acercó al hombre.

—Buenos días —saludó.

El herrero miró de soslayo al joven y, sin dejar de trabajar, contestó:

— ¡Hola!

Y como no pronunciara más palabras, el joven guardó silencio, esperando el momento oportuno de iniciar la conversación.

Una vez que el extremo del hierro perdió el rojo color, el hombre lo dejó sobre el yunque y, mirando por primera vez directamente al forastero, preguntó:

—¿Qué desea?

—A una de mis maletas se le ha soltado el asa. ¿Podría arreglarla?

—Nada más fácil. Puede traérmela cuando quiera.

—Afortunadamente, en esta ocasión no me han engañado —comentó el forastero con tono indiferente, logrando, sin embargo, su propósito de interesar al herrero.

—¿Se han burlado de usted? —preguntó.

—Pues sí. Pregunté dónde podría hallar la herrería del pueblo y me indicaron las señas de un establo de alquiler. Incluso me dieron un nombre: El de Tom Dawson. ¿Es el suyo?

—No, y por lo que presumo, algún bromista se burló de usted; lo mandó al lugar donde estuvo la herrería del viejo Tom.

—Pero, según me ha dicho el hombre del establo, hace años que él ocupa el lugar.

—Y no le mintió, porque cuando yo vine a Cuberton hace cinco años, no, seis años —se corrigió a sí mismo—, Tom Dawson había muerto.

—Lo siento. ¿Era pariente suyo? —preguntó el forastero en tono emocionado, que el herrero no interpretó en su justo sentido.

—No se preocupe; no era ningún familiar mío. Es más, ni siquiera llegué a conocerlo. Y ya sabe, cuando quiera me trae la maleta.

—Así lo haré, gracias.

Cuando el elegante forastero se alejó sin dejar de ser observado por

la mirada curiosa del herrero, éste no pudo oír cómo murmuraba:

—Tom muerto. ¿Acaso mi partida influyó en su muerte?

Durante los días sucesivos el forastero deambuló sin rumbo fijo por las calles de Cuberton. Entraba en alguna que otra ocasión en el «saloon», donde permanecía ante una mesa alejada del largo mostrador, bebiendo un vaso de «whisky» escocés, a la vez que procuraba, con marcada indiferencia, escuchar las conversaciones de los concurrentes.

Una mañana caminaba por la calle principal con su característico paso lento, cuando quedó momentáneamente inmóvil. Por la acera y en dirección opuesta a la de él, se acercaba una joven sonriente, acompañada por un hombre de una edad no muy superior a la de ella.

El joven vestido de negro, al contemplar el hermoso rostro de la mujer, sintió cómo el corazón le latía fuertemente en el pecho, cómo la sangre le aflucía con mayor intensidad a las mejillas y las piernas le temblaban un poco.

De repente, un perro negro, que seguía a la pareja, miró al forastero, levantó la cabeza y, tras olfatear el aire, corrió velozmente hacia él, echándosele materialmente encima, a la vez que ladraba alegremente sin cesar de mover el rabo.

Fue entonces cuando ella reparó en el forastero y exclamó, en tono emocionado:

—¡George!

El forastero, sobre cuyo pecho aún tenía las patas delanteras el perro, acariciaba la cabeza del animal.

—No se inquiete, señorita, George sólo quiere jugar —contestó el forastero.

— ¡George! —repitió ella en tono que no podía definirse si era de alegría, duda o engaño.

—Ve con tu ama, George —ordenó el forastero en tono seco al perro, el cual, como si estuviera acostumbrado a obedecer aquella voz autoritaria, sin dejar de mover el rabo, se apartó de él y corrió hacia la joven.

—Pero... —musitó ella, mirando fijamente la epidermis amarillenta de los pómulos y frente de la cara del forastero, a la par que a su mente acudía la imagen del rostro de aquel desconocido que permaneciera inconsciente en su casa durante tanto tiempo.

No cabía duda posible, aquel joven y George eran la misma persona. Entonces, ¿por qué había dado el nombre de George al perro cuando lo reconoció, pese a los años transcurridos? ¿Acaso cometió el animal la misma equivocación de confundirlo con el hombre que lo adiestró cuando era cachorro? De ser así, el forastero forzosamente

debía de ser, de no haberle mentido George acerca de la fantástica historia de su procedencia del planeta Marte, otro ser extraterrestre que lo buscaba.

Fue sacada de su ensimismamiento por las palabras de su acompañante, que decía en aquellos instantes:

—Disculpe, forastero; le abonaré el importe de la camisa que el perro le ha desgarrado.

—Olvídelo, el perro sólo quería jugar.

—Yo...—empezó turbada la joven, sin acertar a proseguir.

—Por favor, señorita, deje de inquietarse; no ha ocurrido nada de importancia.

Y tras aquellas palabras, el forastero hizo una inclinación de cabeza y emprendió el camino de regreso al hotel, seguido por la mirada de la pareja, curiosa la del hombre e indefinida la de la mujer.

En la tarde de aquel mismo día, una joven entró en el único hotel de Cuberton. Inmediatamente, el hombre cuya única ocupación parecía ser la de pasarse el tiempo detrás del pequeño mostrador del vestíbulo, salió de su puesto y fue a su encuentro.

—Buenas tardes, señorita Elizabeth. ¿Puedo servirla en algo?

—Verá, señor Day. Esta mañana mi perro se ha abalanzado sobre un forastero vestido de negro y le ha roto la camisa. Creo que se aloja en este hotel y he venido para disculparme con él.

—Será el tipo de las rocas.

—¿De las rocas?

—Sí, es un sujeto del Este, que ha venido a estudiar no sé qué de las rocas. Lástima que haya terminado el trabajo y se marche mañana, pues hasta hoy ha sido el primer cliente que ha pagado más de cuanto se le ha pedido.

—Quisiera hablar con él antes de que se fuera.

—En seguida le aviso.

Momentos después, y precedido por el propietario del hotel, bajaba por la escalera el hombre misterioso. Una vez en el vestíbulo, se acercó a la joven y preguntó cortésmente:

—¿Desea hablar conmigo, señorita?

—¡George! ¿Por qué simulas no conocerme? —inquirió ella con voz baja.

—Mi nombre es Kufal, señorita.

—Pero yo siempre te llamé así. No puedes haberlo olvidado.

Era tanta la angustia de la joven, que el hombre, abandonando su aparente frialdad, contestó:

—No te he olvidado, Elizabeth, te reconocí en el mismo instante de verte.

—Entonces, ¿por qué esta farsa? ¿Por qué? —demandó en tono suplicante.

—Mi regreso a Cuberton obedeció a dos cosas. Primera: tú. Segunda: Tom. Mi regreso ha sido en vano, Elizabeth, porque, en cuanto al primero, el hombre que te acompañaba es tu prometido y sé que vas a casarte con él... No, no me interrumpas, te lo suplico. En relación al segundo punto, te diré que también he averiguado que Tom ha muerto. Por tanto, como nada me retiene en este pueblo, mañana partiré en la diligencia del mediodía. Nuestro adiós en esta ocasión será definitivo.

— Pero...

—No tienes que disculparte; te comprendo perfectamente. Cuando me fui de Cuberton, tú eras casi una niña y creíste estar enamorada de mí. En el transcurso de estos seis últimos años te has convertido en una preciosa mujer y era lógico que ocurriera cuanto te vaticiné: que conocerías a otro hombre y te enamorarías de él. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, pero estás cometiendo un grave error, George, pues yo continúo amándote como antes.

—Pero vas a casarte con otro.

—No, George; estás vivo, has vuelto y no me casaré con nadie que no seas tú.

—No cometas locuras, Elizabeth.

— ¿Es una locura casarse con el hombre a quien se quiere?

—No, si el hombre al que amas es un ser normal.

— ¿No lo eres tú?

—Bien sabes que no.

— ¿Y en qué te diferencias de los demás? En nada. Aquí, en América, también hay hombres con la piel amarilla que proceden de otro país. Además, no me importa que seas, según me dijiste, de otro planeta. Te amo, George, y si tú también me quieres a mí, esta vez no me separaré de tu lado.

Kufal quedó pensativo unos momentos para argumentar luego:

—Pero yo he conseguido construir un aparato para comunicarme con mis semejantes y, aunque es muy rudimentario y de poco alcance, abrigo la esperanza de que un día u otro lograré mi propósito de ser localizado por las gentes de mi pueblo.

— ¿Y cuándo ocurrirá?

—No lo sé. Puede que tarde un día, un año, o que no lo consiga jamás.

— ¿Por qué, entonces, no procuramos ser felices durante el tiempo que, según tú, puedan tardar los tuyos en saber de ti? —preguntó ansiosamente Elizabeth.

—Porque si un día sé diera esta circunstancia, tal vez renunciaría a reunirme con mis semejantes, ya que no podría separarme de ti.

—Te juro que no seré ningún estorbo para ti, George. Si llegara la ocasión de que pudieras marcharte con los tuyos, yo seré la primera en pedirte que lo hagas.

—Pero ¿tendré fuerzas para ello, sabiendo que jamás volveremos a vernos? ¿Lo haré?

— ¿George, a qué conduce atormentarnos por unos hechos futuros que no sabemos si ocurrirán y de los cuales dudas? Ciñámonos a la realidad actual y casémonos.

— ¿El otro hombre?

—Le confesaré que tú y yo nos amamos.

— ¿Así, tan llanamente?

—Si de verdad me quiere, no se interpondrá, porque cuando una persona ama a otra desea ante todo su felicidad.

— ¡Ojalá no te equivoques!

* * *

Cuando el joven se acodó en uno de los extremos del largo y pulimentado mostrador de madera del «saloon» de Cuberton, el hombre situado detrás del mismo se le acercó solícito y preguntó:

— ¿Lo de siempre?

—Sí, Clint.

Instantes después, el camarero se retiraba tras haber depositado frente al joven un vaso con una abundante ración de whisky escocés.

Sin embargo, en el momento en que el cliente iba a tomar el vaso, una mano fina y pequeña se le adelantó. Sorprendido, el joven miró al hombre situado a su lado y que acababa de arrebatárle el licor. Era de pequeña estatura, delgado, con la funda del revólver muy baja, atada por una fina correa de piel a la pierna derecha. Su aviesa mirada no se apartaba de él.

El rostro del joven permaneció imperturbable cuando, alzando la voz para ser oído sobre la algarabía reinante en el local, demandó:

—Clint, cuando pueda sírvame otra copa.

El camarero se acercó de nuevo con una botella de la marca preferida del joven. Pero, al ver al hombre que estaba junto al cliente sosteniendo con la zurda un vaso aún lleno, su rostro se puso súbitamente hosco. Comprendió lo ocurrido e intuyó que aquel forastero que le resultaba simpático tendría un mal encuentro.

Al tener frente a sí el segundo vaso de whisky, el joven indicó:

—Clint, antes ya le pagué. Como este señor ha tomado, seguramente por equivocación, mi vaso, ahora se encargará de

pagarle.

—No voy a pagarte nada, Clint —intervino el hombre de baja estatura—; hasta hoy, todos los forasteros me han invitado y él no será una excepción.

—Pues esta vez se ha equivocado porque «si seré una excepción».

—Te invita la casa, Chuck —contestó rápidamente Clint, con el fin de evitar la polémica que, seguramente, degeneraría en mortal lucha entre el joven e inexperto forastero y el hombre de la pistola baja.

—Gracias, Clint, acepto tu invitación para después. Pero ésta va a pagarla tu amigo.

—Le repito que se equivoca.

— ¿De verdad?

—Creo que me entendió perfectamente la primera vez.

El llamado Chuck retrocedió unos pasos, se bebió de un solo trago el whisky y, tras dejar el vaso en el mostrador, dijo, con torcida sonrisa:

—Tú lo has querido, petimetre. No sólo vas a invitarme, sino que además vas a bailar un poco para la concurrencia.

Y con un gesto casi imperceptible, desenfundó el «Colt» e hizo un disparo. La bala se incrustó en el piso de madera tras rozar la punta de la bota del forastero. Aún no se había apagado el eco del disparo, cuando la segunda detonación retumbó en el «saloon» siendo tan certera la puntería que provocó un salto inconsciente del joven hacia atrás. El tercer disparo rozó la bota de la víctima y, al sentir el escozor del plomo ardiente al rasgarle la piel, como si estuviera poseído de un gran pánico gritó:

— ¡Basta! ¡Basta! ¡Lo invito!

— ¿Ya no quieres bailar más? —preguntó con burla el pistolero, mientras soplaba el humo del cañón del revólver.

—No, no. Beba cuanto quiera, el gasto corre de mi cuenta.

—Me has defraudado; parecía que tendrías más aguante.

Y como el joven no replicara, Chuck, enfundando el «Colt» y fanfarroneando delante de los asistentes del «saloon», pidió:

—Trae una botella entera del mejor, Clint. Esta sabandija me invita, ya lo has oído —y dirigiéndose al forastero, añadió—: Paga y lárgate ya, pues no permito que haya cobardes a mí alrededor.

—Sí, señor —replicó el joven en tono sumiso.

Después, se aproximó al mostrador, acercándose al propio tiempo a Chuck, se introdujo una mano en el bolsillo del pantalón, como si fuera a sacar el dinero. Entonces sucedió lo inesperado: el forastero sacó la mano vacía y, con gesto veloz, arrancó el «Colt» de la funda del pistolero, vació el tambor y los proyectiles cayeron al suelo. Luego,

a la par que tiraba lejos la inútil arma, con voz que había perdido el reciente temblor, dijo secamente:

—Bien, Chuck, ya no tienes la superioridad que te confería la facilidad de usar el revólver. ¿Te importa repetir tus anteriores palabras?

El rostro del pistolero mostró, de pronto, una manifiesta palidez. Había sido engañado por aquel forastero vestido con un elegante traje negro hasta el punto de cometer la estupidez de haberse dejado desarmar.

Al guardar silencio, fue el joven quien continuó hablando con ironía:

—Di algo, hombre, ¿no ves que todos están pendientes de ti?

—La próxima vez te mataré.

—De acuerdo, Chuck, pero, como estoy algo cojo por tu disparo, ahora vas a ser tú quien baile un poco. ¿Te parece bien?

— ¡Maldito traidor!

Si poco antes había sido velocísimo el gesto de Chuck en desenfundar el revólver, ahora no lo fue menor el del forastero cuando lanzó la diestra hacia delante pegando un potente puñetazo en el mentón del pistolero, quien, a causa del fuerte golpe y, como si fuera impulsado por una catapulta, se elevó del suelo y cayó estrepitosamente a varios metros de distancia.

Cuando se levantó, dio unos traspiés en dirección a su rival, quien, al quedar a su alcance y sin aparente esfuerzo, repitió el golpe con igual contundencia.

El segundo puñetazo fue definitivo, pues Chuck, derribado nuevamente a gran distancia, no hizo el menor movimiento; estaba inconsciente.

No obstante ser varios los que vieron el gesto de otro hombre, sólo uno se atrevió a advertir:

— ¡Cuidado!

Pero el forastero, antes de escuchar el aviso, también se había percatado de que un individuo estaba sacando el «Colt» de la funda, por lo que su reacción fue inmediata. Dio un salto felino hacia él y, en el preciso momento que el cañón de la mortífera arma apuntaba a su pecho, levantó la pierna derecha y propinó un puntapié en la muñeca del hombre, en el mismo instante en que sonaba la detonación y el arma saltaba de su mano.

¿Fue el dolor de sentir el plomo candente en el hombro izquierdo? ¿Fue la ira que experimentó al tener frente a sí al individuo que intentó asesinarle cobardemente? Tal vez fueron las dos emociones juntas las que impulsaron al forastero a actuar violentamente, pues

antes de que el frustrado asesino intentara hacerse con el arma, le estrelló con fuerza el puño derecho en el estómago, a la vez que levantaba la rodilla y le propinaba un terrible rodillazo en la ingle. El tremebundo castigo dejó momentáneamente inmóvil al hombre, circunstancia que aprovechó el joven forastero para golpearle con furia tres veces consecutivas con el brazo ileso, siguiéndole cada vez que se tambaleaba después de recibir un puñetazo. El cuarto golpe el hombre ya no lo sintió, pues, a pesar de continuar en pie a consecuencia de los puñetazos que lo enderezaban, ya estaba privado de conocimiento. Por fin, los movimientos rápidos de aquel brazo demoledor cesaron, y el sujeto que falló el primero y único disparo cayó al suelo como un guiñapo, con el rostro tumefacto y ensangrentado.

El silencio era impresionante en el «saloon», y todos escucharon claramente las palabras del forastero cuando dijo en tono jadeante:

—Clint, cuando despierte Chuck, sírvale la botella de whisky que le he prometido.

Después de echar unos dólares sobre el mostrador, el joven de fuerza titánica abandonó el local con su característico e increíble paso lento, después de haberlo visto actuar con tanta rapidez.

Mientras caminaba, el joven vestido de negro se puso la mano derecha sobre el hombro izquierdo como si quisiera evitar con aquel gesto el dolor que sentía. Al notar una humedad viscosa entre los dedos, apartó la mano de la herida y la vio completamente tinta de sangre. Entonces, en vez de proseguir el camino, dio la vuelta y se encaminó en dirección contraria a la que llevaba, hasta que llegó a una de las casas del extremo del pueblo. Subió los tres peldaños que lo separaban de la puerta y la golpeó suavemente con los nudillos.

Momentos después, era abierta por un hombre que, de una rápida mirada, al ver la mancha de sangre en la parte izquierda de la negra levita del visitante, preguntó:

— ¿Un balazo?

—Sí, en el hombro.

—Ya lo veo. Pase, curaremos su herida.

Cuando los dos hombres estuvieron en la sala de curas del médico de Cuberton, éste indicó:

—Quítese la chaqueta.

El herido, ayudado por el médico, no tardó en despojarse de la prenda, quedando a la vista una enorme mancha de sangre que se extendía por la mayor parte del lado izquierdo de su camisa.

Mientras el médico rasgaba sin miramientos la tela e iniciaba la exploración de la herida, preguntó:

—Tengo la impresión de que le conozco a usted. ¿No nos hemos visto anteriormente?

—Puede que sí, pues ya llevo siete días en Cuberton.

—Diría que hace más tiempo —respondió el médico.

—Habitualmente resido en San Francisco donde, entre otras ocupaciones, soy propietario de una joyería dedicada casi exclusivamente a la venta de diamantes.

—Debe ser de allí, pues antes de instalarme en este maldito lugar yo tenía mi consulta en aquella ciudad.

Las ágiles manos del médico pronto desinfectaron la herida y a la par que taponaba los orificios producidos por la bala, comentó:

—Ha tenido suerte, el proyectil no se incrustó en ningún hueso. Salió limpiamente por la espalda... Un poco más abajo, y no lo hubiera contado, porque le habría agujereado el corazón.

Después vendó la herida y, al ir a dar por concluida su tarea, por simple rutina aplicó el oído sobre el pecho desnudo del paciente, movió la cabeza hacia el centro y luego, levantando la cabeza, le miró fijamente al rostro. Ahora, sin poder ocultar su asombro, exclamó:

— ¡George! ¡Tú eres George!

—Mi nombre es Kufal, doctor.

—Podrás llamarte como quieras, pero tú eres el hombre a quien mi hija dio ese nombre. En mi larga carrera de médico, sólo encontré a un individuo que tuviera el corazón situado en el centro del pecho, y ese hombre, estoy seguro, eres tú. Además, tu piel amarillenta me lo confirma.

Kufal permaneció unos segundos silencioso, y después contestó:

—Sí, doctor, soy el mismo que hace seis años trajeron moribundo a su casa.

—Pero ¿por qué has vuelto, hombre de Dios? ¿No comprendes que quieren matarte?

—Nadie conoce mi antigua identidad de herrero, excepto usted y Elizabeth.

— ¿Mi hija?

—Sí, doctor, ella también me reconoció sin necesidad de auscultarme el corazón.

En esta ocasión, fue el doctor Stafford quien guardó silencio, mientras daba grandes pasos por la habitación. Luego, se detuvo frente a Kufal y repitió su anterior pregunta:

— ¿Por qué has vuelto?

—Soy muy rico, señor Stafford, y deseaba recompensar largamente a Tom asegurándole una vejez sin preocupaciones económicas durante el resto de su vida. Por desgracia, llegué tarde.

Nuevo silencio y paseos por parte del médico, que al poco rato prosiguió con el interrogatorio:

— ¿Quién eres en realidad, George?

—Un extranjero —replicó Kufal sin dar más explicaciones.

— ¿Quién disparó contra ti?

— Un individuo que creo es compañero de un tal Chuck.

—De haber sido Chuck quien lo hiciera, a estas horas estarías muerto. Es un pistolero que no falla nunca.

—Ya lo hizo.

—¿Qué? —preguntó sin poder disimular su incredulidad.

—Disparó a mis pies para hacerme bailar y no tuve otra alternativa que tumbarlo de un par de puñetazos.

—Si no recuerdo mal, desde que te conozco, has sido provocado por cuatro hombres del Tres Lunas. ¿Qué clase de enemistad existe entre tú y Winter?

—Ninguna, se lo aseguro.

—Entonces, ¿cómo explicas que quieran matarte?

—Habrà sido pura casualidad el que haya peleado únicamente con los hombres de Winter.

—No lo creo.

— ¿Por qué, doctor? —preguntó Kufal extrañado ante la afirmación categórica del médico.

—Porque te persiguen.

— ¿A mí? Se equivoca.

— ¿Sí? ¿Estás seguro?

—Completamente.

—En tal caso, dime: ¿Por qué pegaron al pobre Tom una brutal paliza, a pesar de su edad, a los pocos días de tu marcha de Cuberton para que les dijera tu paradero?

— ¿Quiénes fueron? —inquirió Kufal con voz tan fría que Stafford se estremeció involuntariamente.

—Supongo que las gentes de Winter, puesto que solamente habías peleado con ellos.

— ¿No está seguro?

—No. Una mañana encontraron a Tom inconsciente, muy cerca de la herrería y materialmente cubierto de nieve, por lo que supuse había estado toda la noche sin que nadie le prestara auxilio. Cuando lo trajeron, no pude hacer nada por él: presentaba congestión pulmonar, fiebre muy alta y el cuerpo con señales inequívocas de haber sido golpeado brutalmente. Ya no recobró el conocimiento y antes de expirar, en las pocas veces que habló, siempre delirando, pude entender frases como estas: « ¡Basta!... ¡Por favor, no me peguéis

más!... ¡No sé dónde está oculto George!» Ya sabes lo que le sucedió a Tom, ahora, saca tú mismo las conclusiones.

—No hay duda de que dos o más hombres acecharon a Tom, pues, según cuenta usted, dijo peguéis y no pegues. Querían saber dónde estaba yo y trataron de arrancarle la confesión golpeándolo hasta dejarlo inconsciente, abandonándolo después a su suerte que no pudo ser peor... la muerte. Fue un asesinato, una salvajada.

—Te buscaban a ti, George, te buscaban para matarte. Hoy han sido Chuck y otro de los empleados de Winter quienes lo intentaron de nuevo. ¿Aún pretendes hacerme creer que no existe relación alguna entre tales intentos y tu regreso a Cuberton?

—No le miento, doctor, pero averiguaré quiénes apalearon a Tom y si obraron por su cuenta o mandados por Winter, aunque, de antemano, estoy seguro de que Morris intervino en el crimen.

—George, bien sabes que te aprecio. Un día muy lejano me pediste consejo y te lo di, ahora te digo lo mismo que entonces: Vete de Cuberton.

—No, señor Stafford, esta vez me quedaré y cuando halle a los asesinos o instigadores, si los hubo, los mataré igual que si fueran alimañas. Durante mi forzada permanencia en su mundo, he aprendido a pensar y a actuar como ustedes y, por tanto, no cesaré en mi empeño de vengar la muerte de Tom.

—Tomarte la justicia por tu mano no es muy loable, George.

—Piense como quiera, pero así lo haré. No obstante, no asesinaré a nadie, pues antes de ajusticiar a los causantes de la muerte de Tom les daré oportunidad para defenderse. ¡Se lo prometo!

—Medítalo con calma, George, Chuck es un pistolero afamado y los demás también saben usar sus armas. Puede que seas tú quien muera.

—No me importa, doctor, pues ambos sabemos, aunque por distintas razones, que yo debería estar muerto y que, por tanto, todos estos años los estoy viviendo de regalo.

Capítulo V

Los días se sucedieron. Kufal sólo abandonaba el hotel para acudir a la consulta del médico que vigilaba diariamente el proceso de cicatrización de la herida, ya cerrados los orificios de entrada y salida del proyectil sin que aparecieran signos de infección.

Aquella tarde, y cuando el sol se había ocultado recientemente en las montañas de poniente, Kufal llegó al vestíbulo del hotel. Se encaminaba hacia la puerta de salida cuando una voz detuvo su paso:

— ¡Señor Kufal!

Éste volvió la cabeza y miró al hombre que acababa de llamarlo.

— ¿Desea algo, Day? —preguntó.

Entonces, el dueño del hotel se le acercó y dijo en tono respetuoso:

—Posiblemente piense que soy un entrometido, pero, como veo que va a salir, quisiera advertirle que Slim está en la ciudad.

—Es el hombre que me hirió, ¿verdad?

—Sí, señor Kufal.

—Gracias por prevenirme; es usted un buen hombre y sabré recompensarle su servicio.

—No es mi intención que me recompense, he creído...

—Lo sé, Day, lo sé, y por eso se lo agradezco más.

Y sin más palabras, Kufal subió despacio las escaleras que conducían a su habitación, mientras el hotelero murmuraba por lo bajo:

«No puede llamársele cobarde porque rehúya la pelea a tiros con Slim, pues el chico, aunque el primer día que llegó parecía ir armado, seguramente no es diestro con el revólver.»

Pero a los pocos minutos Day quedó estupefacto. Kufal descendía de nuevo las escaleras y en su costado derecho, por el tamaño, debía llevar un «Colt» de grueso calibre que ocultaba los faldones de su larga chaqueta.

—Señor Kufal, vaya con cuidado. Slim tiene fama de ser rápido en el saque.

—No se preocupe, Day, nada me ocurrirá y si Slim es lo suficientemente inteligente puede que no lo mate —contestó el hombre extraterrestre sin jactancia.

«No quisiera estar en el pellejo de Slim —monologó el propietario del hotel—, si se enfrenta al forastero.»

Durante muchas horas, Kufal estuvo apostado en las cercanías del «saloon» observando con atención a cuantos salían del local. Por fin se

movió del quicio de la puerta desde donde, amparado en la oscuridad, había permanecido en constante vigilancia, pues del «saloon» acababa de salir el hombre a quien parecía haber estado aguardando.

Cuando el hombre estuvo a una distancia de unos seis metros de Kufal, éste abandonó definitivamente su escondite y se situó en medio de la acera cortándole el paso.

—¡Hola, Slim! Quisiera charlar un rato contigo.

—¡Pero si es el forastero! ¡Y además va con su artillería! —exclamó el pistolero al reconocer a Kufal y ver la funda que pendía de su cintura y llevaba al descubierto.

—Celebro que me recuerdes; así, tal vez nos entenderemos más rápidamente —replicó el joven.

—Antes de matarte, voy a permitir que hables. Puedes hacerlo.

—Cincuenta dólares constantes y sonantes a cambio de una información.

—Poco ofreces forastero —contestó Slim con malévola sonrisa que más bien era una mueca.

—Si tu explicación me satisface, puede que aumente la recompensa hasta cien.

—Y por tu vida, ¿cuánto ofreces?

—No te confundas, soy yo quien perdona tu vida.

— ¡Imbécil! —rechinó Slim, al propio tiempo que su mano bajaba velozmente a la pistolera y sacaba un reluciente «Colt» del cuarenta y cinco.

Kufal, cuyos ojos grises no dejaron de observar un solo momento los movimientos de Slim, a su vez actuó con rapidez. Su mano derecha se posó sobre la culata del arma que colgaba de su costado, balanceó hacia delante la funda y a la vez que apretaba con firmeza el dedo pulgar sobre un saliente circular situado en la parte superior, dirigió el cañón del arma en dirección a Slim.

En la quietud de la noche, no se escuchó ninguna detonación ni grito alguno de agonía, tan sólo el ruido sordo de la caída de un hombre sobre los tablones de la acera.

De inmediato, el hombre que permanecía de pie, sin mirar al cuerpo del caído, giró sobre sus talones y se alejó precipitadamente perdiéndose pronto en la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente, y mientras Kufal tomaba el desayuno en el comedor del hotel, el propietario se le acercó y, tras sentarse frente a él, comentó:

—Todo el pueblo anda revuelto. ¿Sabe la noticia?

—No, Day, acabo de bajar de mi habitación.

—Han encontrado muerto a Slim.

—Debió tropezarse con alguien que le aventajó en disparar.

—Sería con el diablo en persona.

— ¿Acaso era invencible?

—No, únicamente era un pistolero de segundo orden: hay muchos más rápidos de lo que él fuera. Slim no murió de un tiro, lo mató un demonio del mismísimo infierno y él se dio cuenta de que había llegado su última hora, porque, incluso, llegó a empuñar el revólver.

—Day, ¿qué clase de patraña me está contando?

—No es ninguna patraña, señor Kufal; han encontrado el cadáver de Slim completamente negro y ni el doctor tiene la menor idea de la causa que le produjo la muerte. Ni siquiera los más viejos de Cuberton han visto nunca cosa igual, parece como si hubiera caído un rayo sobre él.

—Puede que haya sido ésta la causa de su muerte, Day.

—No, señor Kufal, ayer no hubo tormenta, y mantenía engarfiada la mano sobre el «Colt» en un postrer esfuerzo por librarse de la muerte que tenía frente a sí. Quien lo mató fue un ser del otro mundo.

— ¿Cree usted que hay seres del otro mundo en la Tierra? —inquirió Kufal con enigmática sonrisa que su interlocutor no llegó ni remotamente a sospechar el verdadero sentido de la pregunta.

—Antes no, pero ahora sí.

—¿Y son de carne y hueso como nosotros? —prosiguió preguntando Kufal.

—Eso no. Sería un aparecido venido del infierno, a quien bastó tocar con un dedo a Slim para fulminarlo.

—Es muy extraña su historia, Day.

— Lo sé, pero le juro que es verdad.

—Ha conseguido despertar mi curiosidad. Iré a echar una mirada al cadáver y a charlar con el doctor. Ya verá cómo la causa de la muerte de Slim nada tiene que ver con «aparecidos del infierno».

—Ojalá no se equivoque, señor Kufal.

Una hora después, en el comedor de los Stafford Kufal preguntaba al médico:

— ¿Qué le ha ocurrido concretamente a Slim, doctor?

—Pues no lo sé, George. El cadáver está totalmente carbonizado, pero ni siquiera le rozó una chispa de fuego. No lo comprendo, pero al decir de las gentes debió de aparecérselo el demonio. Por suerte, a ti te hizo un buen servicio porque te libró de un peligroso enemigo.

—Pero usted no creará en semejante insensatez de un demonio asesino.

—Claro que no. Pero estoy desconcertado, porque no tengo ni la más remota idea de la causa que lo dejó negro. Si Slim no hubiera hallado la muerte empuñando su revólver, cabría pensar que falleció

de repente a consecuencia de una rarísima enfermedad desconocida para mí.

—Bien, doctor, no les entretengo más. Me marchó.

—Espera, George. ¿Por qué no te quedas a comer con nosotros? —preguntó Elizabeth, que no había intervenido en la conversación.

—Puedes quedarte, muchacho, y si quieres, puedes hacer como antaño: ayudar a mi hija en los menesteres de la cocina.

—Gracias, doctor.

Tan pronto como los dos jóvenes estuvieron lejos de la presencia de Stafford, Kufal, que parecía adivinar los más recónditos pensamientos de Elizabeth, preguntó súbitamente:

—Ya estamos solos. ¿Qué quieres saber?

—George, fuiste tú, ¿verdad?

Kufal, no obstante comprender la pregunta de la joven, contestó:

—No te entiendo, Elizabeth, te ruego que te expliques.

—Tengo la seguridad de que tú mataste a Slim.

—¿En qué te fundas para hacer tal afirmación?

—Tom tuvo ocasión de ver la extraña luz con que te iluminabas. En varias ocasiones me has dicho que procedes de otro planeta tan adelantado que incluso llegáis a fabricar máquinas voladoras y que te has hecho un aparato para comunicarte con las gentes de tu pueblo. ¿No puedes también haber construido la cosa que produjo la muerte a Slim?

—Sabes tanto acerca de mí que sería absurdo pretender engañarte. Tu suposición es exacta: yo maté a Slim, pero fue en defensa propia. Solamente pretendía obtener una información cuando empuñó el «Colt» no dándome otra alternativa que escoger entre su vida o la mía.

Durante algunos minutos, ambos jóvenes guardaron silencio, que al fin rompió Elizabeth, con voz trémula, para decir angustiada:

— ¡Vámonos de Cuberton, George!

—Huí una vez y fue la causa de la muerte del bueno de Tom. No estoy dispuesto a que vuelva a ocurrir lo mismo con otro inocente.

— ¡Te lo suplico, George!

—Lo siento muchísimo, pero no te complaceré. Estoy adaptado a la vida de tu mundo y he de comportarme como si en realidad fuera un ser humano de la Tierra. Tu padre opina que alguien, por causas que ignoro, pretende deshacerse de mí; pues bien, si su sospecha es cierta, quiero saber quién es y por qué lo hace.

— ¿Y si lo consiguen, George? ¡No podría soportar verte muerto!

—Ahora es diferente, puedo enfrentarme con ellos.

— ¿Con tu arma terrorífica? —replicó ella con ligero reproche en su voz.

— Únicamente es un productor de energía eléctrica basado en la inducción de... —y al percatarse de que la joven no comprendería la explicación que iba a darle acerca de su artefacto dejó la frase sin concluir, para añadir seguidamente—: pero que al fin y al cabo no es más mortífera que un revólver.

Afortunadamente, la conversación quedó interrumpida por la entrada del médico en la cocina, quien dijo sonriente:

—Daos prisa, muchachos, tengo un apetito voraz.

* * *

Los días se sucedieron y, como consecuencia lógica de la naturaleza humana, el recuerdo del macabro encuentro del cadáver carbonizado de Slim fue desvaneciéndose poco a poco hasta quedar casi olvidado.

El jinete, al divisar a un hombre arrodillado que parecía hurgar en el suelo y estudiar con atención las piedras que recogía, movido por la curiosidad, desvió la dirección de su corcel y se le aproximó. Cuando llegó a pocos metros, estuvo observando lo que hacía el joven arrodillado que, absorto en su rara tarea, parecía no haberse dado cuenta de su presencia.

—¿Qué busca, forastero? ¿Oro tal vez? —preguntó el jinete desde la montura iniciando una burlona sonrisa.

El joven miró al visitante, se levantó y, tras sacudirse el pantalón a la altura de las rodillas, replicó:

—Sólo un tonto buscaría oro en este lugar, únicamente me limito a estudiar la constitución de los terrenos de esta región.

—¿Y para qué? —preguntó su interlocutor, sumamente interesado por un hecho tan singular.

—Para colaborar en un tratado que se está escribiendo sobre la edad de los últimos estratos de esta zona.

—Bonita manera de perder el tiempo tienen ustedes los del Este —contestó el jinete que naturalmente, no había comprendido ni media palabra.

—No lo crea, cuando se publique será un libro interesantísimo.

—Si usted lo dice... pero, oiga, ¿no es usted el tipo que sacudió a Chuck y a Slim?

—Efectivamente, fue un suceso lamentable.

— ¿Lamentable dice usted? ¡Si fue estupendo! Yo me encontraba en el «saloon» y de verdad que nos dejó a todos de piedra cuando desarmó a Chuck y le sacudió aquel par de coces que casi lo incrustaron en el techo. ¿Y qué me dice de Slim? Todavía estuvo más formidable; al ir a agujerearlo, ¡zás! de una patada le arrancó el

revólver y después, toma, aquí tienes eso, dejándolos a los pocos momentos dormidos cual si fueran dos angelitos.

—Si no le importa, preferiría no hablar de ese asunto.

— ¿Por lo ocurrido a Slim?

—Sí, fue inconcebible.

— Tiene razón, pero yo, sabe, sigo creyendo que lo mandó al infierno alguien a quien primero largó él allí.

—Por favor...

—Bueno, ya me callo. Siga con eso del libro, pero vaya con cuidado, porque está metido en terrenos de Winter y sus hombres tienen malas pulgas.

—Gracias, pero hoy ya he concluido mi trabajo. Como pronto será de noche, me marcharé inmediatamente.

— ¿Ha venido en un calesín?

—Sí.

—Tendrá que andar un poco, pues lo ha dejado algo apartado de aquí. ¿Quiere que lo lleve a la grupa?

—Gracias, pero el caminar me sienta bien; es el único ejercicio que practico.

—Bueno, forastero, me voy. Si nos encontramos en el «saloon», ya sabe que tiene un whisky pagado para que se lo beba a mi salud.

—Agradecido.

Tan pronto como el jinete se alejó, la actitud de Kufal cambió súbitamente. Recogió del suelo un objeto parecido a unas gafas montadas con doble cristal y conectó a una de las varillas metálicas un fino alambre, cuyo terminal estaba introducido en una bolsita de las usadas para contener tabaco, que le sobresalía del bolsillo de la camisa.

Se colocó inmediatamente los lentes y los objetos que, en la lejanía, a simple vista eran unos puntitos casi imperceptibles, los vio tan próximos que daba la impresión de poder tocarlos con la mano. De pronto, al fijar la atención en el borde de un riachuelo, se puso tenso. Acababa de ver a un hombre que, en las cercanías de la pequeña corriente de agua, se preparaba para encender una hoguera.

Sin quitarse los en apariencia sencillos, pero poderosos prismáticos continuó observando las acciones del hombre a la par que introducía en el pantalón los faldones de la camisa que ocultaban la funda con el arma. Después, empezó a caminar con rapidez.

Después de caminar varias horas y, despojado del instrumento óptico, guiándose por el resplandor de la fogata, al llegar a las proximidades del campamento del hombre objeto de su investigación, sus movimientos fueron sumamente lentos y precavidos a fin de no

delatar su presencia.

El hombre de pequeña estatura, en cuclillas frente a la hoguera sobre cuyos leños había un recipiente con café, quedó sorprendido al oír la voz que le conminaba a sus espaldas:

— ¡Quieto, Chuck!

Chuck permaneció inmóvil. Sabía que detrás suyo un hombre lo estaba encañonando con un arma y que al menor intento de sacar la suya sería acribillado.

—Puedes levantarte, Chuck, pero hazlo con los brazos en alto.

El pistolero se levantó despacio y, sin volver el rostro, preguntó con admirable serenidad:

— ¿Vas a disparar por la espalda?

—Si fuera ésa mi intención, ya lo hubiera hecho. Sólo quiero charlar un rato contigo.

— ¿Puedo ver quién eres?

—Claro que sí, pero, recuerda, mantén tu mano alejada del «Colt».

Chuck giró el cuerpo y al ver a Kufal con la diestra descansando sobre la culata de un gran revólver, exclamó:

— ¡Ah! ¡El tipo del Este!

—Veo con satisfacción que me recuerdas.

—No iba a olvidarte después de aquello.

— ¿Por qué intentáis matarme?

— ¿Y has venido para hacerme esta pregunta?

—Ni más ni menos.

—Eres un estúpido. Si aquel día hubiera querido liquidarte, ten por seguro que ahora ya no estarías en el mundo de los vivos.

—Pero tu amigo sí quiso hacerlo, Chuck, y quiero conocer la causa.

— ¿Por qué no se lo preguntaste a él?

—Ya lo hice, pero quiso repetir el intento y ya sabes lo que le sucedió.

— ¿Intentas hacerme creer que fuiste tú quien lo liquidó?

—Sí, Chuck, fui yo.

— ¡Qué miedo! —exclamó el pequeño pistolero, soltando una estruendosa carcajada de burla, a la par que bajaba los brazos como si lo hiciera inadvertidamente.

Entonces, ambos obraron con vertiginosa rapidez. Chuck, con la celeridad que lo había hecho famoso, sacó el «Colt» y, con gesto veloz, dirigió el cañón del arma, ya con el dedo índice apretando el gatillo, en dirección a Kufal. Pero el pistolero no pudo ver el fogonazo ni oír la detonación, pues cuando el percutor cayó sobre el casquillo de la bala, ya había recibido en el cuerpo la poderosa descarga eléctrica del mortífero ingenio creado por Kufal.

El hombre amarillo, procedente del planeta Marte, en esta ocasión tampoco se acercó al caído. Sabía de sobra que el cuerpo de Chuck estaba completamente carbonizado.

Después, sin perder un segundo, se alejó corriendo al suponer que el disparo de Chuck, hecho sin haber podido fijar la puntería, podría atraer a otros hombres del equipo de Winter.

Cuando le fue franqueada la puerta del hotel, Kufal entró con paso vivo, a pesar de mostrar claras muestras de fatiga.

— ¿Qué le ocurre, señor Kufal? —le preguntó solícito Day, al observar a la luz del quinqué que sostenía el abundante sudor que bañaba el rostro del joven.

—Por favor, Day, déme algo que beber.

Instantes después, servía a Kufal un vaso de whisky, que éste apuró de un trago. Luego, ante la mirada expectante del hostelero, se dejó caer en una silla y explicó en tono jadeante:

—Acabo de pasar un susto terrible, Day.

—Por su aspecto, comprendo que le ha ocurrido algún percance. ¿Qué ha sido?

—Mi calesín ha quedado destrozado y el caballo muerto.

— ¿Tuvo un accidente?

—Peor. El caballo murió de igual forma que Slim. Como si un rayo hubiera caído sobre él.

— ¡No!

—Sí, Day, y le confieso que, cuando lo vi, sentí tanto pánico que huí precipitadamente hasta caer derrengado al suelo, donde permanecí mucho tiempo sin osar moverme. Después, al recobrar el valor, corrí otra vez con todas mis fuerzas hasta llegar aquí.

—Tómese otro trago y tenga calma, señor Kufal —recomendó Day, cuyo rostro había adquirido la palidez de la cera al escuchar la narración del huésped.

— No me tengo por cobarde, pero «aquello» me impresionó.

—¿Y a quién no hubiera asustado hallarse de pronto junto a la extraña muerte?

— ¿Qué puedo hacer?

—Acostarse; mañana, cuando tenga la cabeza más clara, ya decidirá. No obstante, temo que si se propaga la noticia cundirá de nuevo el pánico en Cuberton.

—Tiene razón. Esta noche procuraré dormir y mañana se lo contaré al doctor para que examine el cadáver del caballo. Tal vez me haya asustado sin razón.

Al día siguiente, y cuando Kufal apenas se había levantado de la cama, sonaron unos golpes en la puerta del dormitorio.

— ¡Pase! La puerta no está cerrada. Inmediatamente entraron tres hombres. El primero, de unos cuarenta años y el único que iba armado, llevaba prendida sobre la camisa una estrella de latón, pero sin que fuera el representante de la ley que lo salvara antaño. Al segundo, mejor vestido, pese a los años transcurridos y haberle hablado una sola vez, lo reconoció en el acto: era Winter, el temido ranchero. El tercero era Day.

—Perdone que le moleste, señor Kufal, pero el comisario ha insistido en hablar con usted.

— ¿En qué puedo servirlo, señor?

—Dentro de tres horas partirá la diligencia. Es todo el tiempo que le concedo para que prepare su equipaje y se largue de Cuberton.

— ¿Yo? ¿Por qué? —preguntó Kufal con auténtica sorpresa.

—Porque yo lo he dispuesto así.

—Comisario, debido a mis conocimientos de geología, he sido contratado por una institución dependiente del gobierno para estudiar los terrenos de esta región. Conozco mis derechos de ciudadano americano y no voy a dejar sin concluir el trabajo que me fue encomendado sólo porque a usted se le antoje expulsarme. Si cree tener motivos para hacerlo, estoy en mi derecho de conocerlos.

—Obedezca y no complique más las cosas.

—Tendrá que expulsarme a punta de revólver. No obstante, si insiste en no darme ninguna explicación, permítame advertirle que tendrá que responder de su acción ante personas importantes al servicio del gobierno.

El tono frío y veraz que Kufal conseguía dar a sus palabras hizo que el comisario dudara. Miró a Winter y, al hacerle éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza, afirmó:

—En el «saloon» de Clint usted se peleó con dos hombres, ¿no es así?

—Sí, pero por culpa de ellos. Había algunos clientes que lo pueden atestiguar.

—Y ahora los dos están muertos.

— ¿Me está acusando?

—No creo que usted haya podido hacerlo personalmente.

—Si en su opinión tengo algún cómplice, búsquelo. Cuando lo encuentre, enciérreme o expúlsame, haga lo que crea más conveniente.

—Quiero que se marche de Cuberton porque, al igual que Slim, se ha encontrado el cadáver de Chuck completamente negro y sin ninguna herida de bala en el cuerpo. También tenía el revólver en la mano, llegando inclusive a disparar, cuando debió de encontrarse

frente a ese algo que mata de una forma tan diabólica. ¿No es demasiada casualidad que los dos hombres muertos, en circunstancias tan extrañas, se hubieran peleado con usted? ¿No es también demasiada casualidad que, antes de su venida a Cuberton, no se hubieran visto jamás cadáveres con el aspecto de haber sido achicharrados?

—Señor Kufal, ¿por qué no cuenta al comisario que usted casi se convierte en la tercera víctima de ese demonio? —intervino Day en la conversación.

— ¿Qué usted... —preguntó, sobrecogido, el comisario sin acabar la frase.

—Fue ayer hacia el atardecer...

Y a continuación, Kufal narró la misma historia que contara la noche anterior a Day, concluyendo la misma con estas palabras:

—Momentos antes, un jinete de larga barba negra, vestido con una camisa colorada y usando un enorme sombrero gris, había visto paciendo a mi caballo.

—Debió de ser Logan.

—Si sabe a quién me refiero, él se lo podrá confirmar, comisario.

* * *

Dos conversaciones sostenidas en lugares y con personas diferentes versaban en los mismos instantes sobre el mismo tema.

En la oficina del comisario, éste, sentado detrás de su mesa, hablaba con Winter sentado frente a él.

—Hay algo que no me gusta de ese hombre, Mel. Cuando hablamos con él esta mañana, la mirada de sus ojos grises me hacía estremecer —decía Winter.

—Posiblemente sea porque fuimos allí con el convencimiento de que su presencia en Cuberton está relacionada con la muerte negra.

— ¿Y no es así?

—No sé qué contestarle, Winter, pero, aunque fuera como usted dice, la muerte negra no es precisamente su aliada. Logan afirmó cuanto dijo el forastero, y ya escuchó a Day el pavor que dominaba al tal Kufal cuando llegó al hotel muy avanzada la noche. Tenía tanto miedo que no podía sostenerse en pie.

—¿Se fía de la palabra de Day? ¿No le seguirá el juego al tipo de las piedras?

—Estoy plenamente convencido de que no. Conozco desde hace muchos años a Day y es un hombre muy observador y honrado. No contaría una mentira ni siquiera para salvar la vida a su padre.

—Pero ¿por qué, precisamente, Slim y Chuck?

—Lo ignoro. Pero lo que parece cierto es que si Logan lleva a Kufal al lugar donde tenía el calesín ahora serían cuatro los muertos.

—Mel, ha de terminar con esto.

— ¿Y de qué modo, Winter? Podemos luchar contra hombres de carne y hueso y abatirlos. ¿Pero cómo combatir contra un fantasma?

—Un fantasma que se materializa. Recuerde que Slim y Chuck lo vieron e intentaron disparar contra él.

—¿Y qué consiguieron, a pesar de la rapidez en sacar y a su indiscutible puntería? Nada. El fantasma lo fulminó.

—Mel, tengo el presentimiento que si la muerte negra ocasiona nuevas víctimas será el fin de Cuberton. Nadie se sentirá seguro y a los primeros que huyan les seguirán otros y otros, y lo que ahora es un pueblo en continuo desarrollo, se convertirá en un montón de edificios vacíos, que el tiempo transformará en escombros. Ello sería también mi ruina y hemos de evitarlo a toda costa.

— ¿Tiene alguna idea de cómo conseguirlo?

—Montaremos patrullas de vigilancia y los hombres irán siempre, como mínimo, de dos en dos.

—Con lo cual el pánico todavía cundirá más.

—Entonces ¿qué podemos hacer Mel? —preguntó exasperado Winter.

—Dejar que el destino siga su curso.

* * *

En el porche de una de las casas algo apartadas de Cuberton, un hombre, balanceándose suavemente en una mecedora, se hallaba tan absorto en sus pensamientos que no pudo evitar un sobresalto cuando oyó que una voz le preguntaba:

—Estás preocupado, papá. ¿Qué te pasa?

—Nada, hija, sólo pensaba.

—En algo que te inquieta; conozco tus reacciones y no puedes engañarme.

La expresión del rostro de Stafford se dulcificó al mirar a Elizabeth. Luego se pasó la mano por la frente, como si quisiera apartar los pensamientos de su mente, y afirmó:

—Tienes razón: estoy preocupado.

— ¿Puedo saber la causa?

—Chuck, el otro hombre que peleó con George en el «saloon» también ha muerto carbonizado.

— ¡George! —exclamó Elizabeth, revelando involuntariamente la identidad del causante de las horripilantes muertes. Mas, al percatarse de su indiscreción, preguntó seguidamente, a fin de restar imperativo

a su manifestación—: ¿Le culparán a él, papá?

—Me figuro que no, si bien tengo algunas sospechas.

— ¿Piensas que ha sido George?

— Podría serlo. Le rodean unas circunstancias especiales, que me han dado mucho qué pensar. ¿Recuerdas que te hice notar la extraña tela que estaba confeccionado el extravagante vestido que llevaba cuando nos lo trajeron moribundo?

—Sí.

—Pues un día que la examinaba, debido a la curiosidad que despertó en mí, cayó encima de ella un cigarro encendido, y la tela no se quemó. Sorprendido, la acerqué a la llama de un quinqué y no ardió. Era incombustible.

Y como Elizabeth no replicara, Stafford prosiguió:

—Cuando llegaste tú, me estaba preguntando: Si aparentemente George puede dominar, en cierta manera, al fuego, ¿no puede emplear también tal dominio sobre las personas? Si Chuck y Slim pelearon con él y le dispararon, ¿sería desacertado suponer que los matara?

—Nunca creeré que George sea un asesino.

—No he dicho que lo fuera. Además, les dio a ambos la oportunidad de defenderse, pues Chuck pudo llegar a disparar el revólver.

—Pero...

—Cuando Peter y Clark —prosiguió el médico, siguiendo el curso de su hipótesis y sin hacer caso de la interrupción de su hija— nos lo trajeron, hablaron de una bola de fuego caída del cielo, y yo, aquella noche, los tomé por un par de estúpidos bromistas. Fíjate bien, Elizabeth, encontramos nuevamente al fuego alrededor de la vida de George. ¿No son demasiadas coincidencias?

Por segunda vez, Elizabeth guardó silencio, entre sorprendida y asustada por las conjeturas que iba sacando su padre. ¿Llegaría a descubrir la verdadera identidad del hombre amarillo?

—Si mis suposiciones fueran exactas, George tendría en sus manos un poder diabólico —concluyó categórico Stafford.

—Padre, George no posee esta clase de poder que tú llamas diabólico. Puede que tan sólo posea una inteligencia superior a la nuestra y haya aprendido en su país a dominar el fuego —replicó Elizabeth conocedora, aunque imperfectamente, de la realidad.

—También he pensado en ello. George no es de nuestra raza y me atrevería a afirmar, vistos esos extraños hechos y rectificando mi antigua impresión, de que procede de la misteriosa India. Por lo que he leído, sé que hay algunos hindúes privilegiados que poseen grandes conocimientos de la magia.

—¿Qué decisión tomarás con respecto a George, papá?

—Ninguna. Dejar que el destino siga su curso.

Y como si el destino se hubiera materializado y estado presente, las dos conversaciones sobre el mismo tema y en igual hora terminaron con idénticas palabras.

Capítulo VI

Contrariamente a la predicción de Winter, al propagarse la noticia de la existencia de un fantasma, al decir de unos, o de un demonio, al decir de otros, durante muchos días el pueblo se vio inundado de forasteros, curiosos unos, aventureros otros, sin que faltara la presencia de dos periodistas en busca de la noticia sensacional. No obstante, dos meses después y al no ocurrir ningún hecho raro, Cuberton fue recobrando la normalidad.

Fue al atardecer de un día cuando Elizabeth, de regreso a su casa acompañada de Kufal, se interrumpió en la frase que estaba pronunciando. Presintió que la muerte negra haría de nuevo su aparición en Cuberton al ver al hombre que marchaba delante de ellos.

—No temas, chiquilla, no ocurrirá nada —le dijo Kufal que parecía poseer la rara cualidad de adivinarle el pensamiento.

—Gracias, George.

—No me las des, pues si no es hoy, será otro día.

—¿No puedes olvidar?

—Ya sabes cómo y por qué murió Tom. Estoy seguro de que Morris fue uno de los que pegaron al pobre anciano y, cuando tenga la certeza absoluta, lo mataré.

— ¡Cuánto has cambiado, George! ¡Ya no eres aquel joven tan bueno de quien me enamoré!

— ¿Quieres insinuar que ya no lo estás?

—No me interpretes mal. Yo te amaré siempre, pero preferiría que continuaras siendo aquel desconocido tan pacífico de antaño.

—De quien podían burlarse y también matar. No, Elizabeth, si vivo en la Tierra es contra mi voluntad y si he de convivir junto a las personas de tu mundo hasta el fin de mis días, forzosamente he de comportarme y actuar como si fuera uno de ellos.

—Pero no todas matan, George —replicó la joven con tono suplicante más que de reconvención.

—Está bien, Elizabeth, llamaré a Morris y le diré que soy el herrero al que quería matar. Como no llevo mi arma, no podré defenderme, que sea él, por tanto, quien decida mi suerte.

—No, George, no quiero que lo hagas. Tan sólo te pido que olvides y perdones, puesto que matándolo no resucitarás a Tom.

—Tú ganas. Te prometo que la muerte negra no volverá a hacer su aparición en Cuberton, a no ser que seas tú quien me lo pida.

Y los dos jóvenes prosiguieron su camino ajenos a la observación que, desde el interior de las oficinas del banco de la localidad, eran objeto por parte de dos hombres. Sin embargo, de haber podido escuchar la conversación que mantenían, precisamente sobre ellos, quizá Elizabeth no hubiera forzado a Kufal a tomar la decisión de no usar en lo sucesivo el productor de energía eléctrica.

— ¡Maldita perra! —dijo uno de ellos, de baja estatura, aspecto rechoncho y con escaso cabello, al otro mucho más joven, cuando ambos se retiraron de la ventana.

Después, el hombre de más edad se acomodó en un gran sillón detrás de una mesa repleta de papeles y, tamborileando con los dedos sobre la superficie, preguntó al joven que permanecía de pie:

— ¿Piensas quedarte cruzado de brazos, mientras ese mequetrefe del Este te birla la mujer con quien estabas prometido?

— ¿Qué puedo hacer, padre, si Elizabeth ha querido romper nuestro compromiso? No puedo obligarla a que se case conmigo.

—Claro que no puedes obligarla de manera directa, pero sí puedes hacerlo indirectamente.

— ¿Cómo?

—Algún día este banco será tuyo. Empieza ya desde ahora a suprimir los obstáculos que se interpongan en tu camino.

— ¿Qué relación hay entre el banco y Elizabeth?

—Eres un estúpido. El obstáculo a que me refiero es el tipo que está con tu novia.

—Ya te comprendo: eliminando al forastero, Elizabeth volvería a mí.

—Por fin has comprendido. Entre los que no podrán hacer efectivos sus pagarés a la fecha de vencimiento encontraremos alguno para que se avenga a hacer el trabajo a cambio de saldar su cuenta pendiente.

—Sería expuesto, luego nos tendría a su merced.

—¿Crees que sería tan imbécil como para denunciarnos siendo él quien lo hiciera? Sería denunciarse a sí mismo y, por tanto, puedo asegurarte que no lo hará.

— ¿Y por qué mezclar a una tercera persona? Yo lo haré.

—No quiero que corras ningún riesgo.

—Descuida, cuando lo haga, no habrá testigos. Sólo tú y yo conoceremos la verdad y nadie nos culpará.

—Te lo prohíbo, no quiero que te enfrentes con él, pues es un individuo más peligroso de lo que aparenta.

—Y no lo haré. Hay muchas maneras de eliminar a un hombre sin comprometerse.

—Pero...

— Déjame actuar a mí. Te demostraré que no soy tan estúpido como te figuras.

* * *

La mañana era soleada y los rayos del astro rey, en aquellos últimos días del mes de noviembre, proporcionaban cierto bienestar al recibirlos.

Más que para continuar con la farsa del estudio de la formación de los terrenos de aquella zona, Kufal había ido a pasear por los lugares que frecuentaba diariamente haciendo proyectos, como haría un terrestre cualquiera, en relación a su próximo futuro una vez hubo renunciado a la idea de vengar la muerte de Tom.

Después de vagar varias horas con su paso lento y sin dirección fija, abandonó el pequeño bosque donde había permanecido, con la intención de regresar a Cuberton, pues, por la posición del sol, cálculo que sería ya mediodía.

No habría caminado más que unos metros por un trecho descubierto, cuando, de pronto, Kufal sintió un fuerte golpe en la espalda, seguido, en el mismo instante, del estampido de una detonación. Alguien acababa de disparar sobre él e impulsado por el instinto de conservación, intentó correr velozmente en zigzag. Fue en vano: a los pocos pasos, otro proyectil se incrustaba en sus carnes derribándolo al suelo, siendo tan aguda la sensación de dolor que perdió el sentido.

Al recobrar el conocimiento, intentó levantarse, pero la sensación dolorosa en la espalda se agudizó y comprobó, con terror, que le era imposible flexionar las piernas. Pese a la sensación de mareo, comprendió que estaba herido de gravedad y de que la única posibilidad de poder conservar la vida estribaba en lograr llegar cuanto antes a Cuberton.

Conocedor de aquellos parajes, haciendo considerables esfuerzos y esperando que de un momento a otro el desconocido tirador emboscado concluyera su obra inacabada con un último disparo, fue arrastrándose penosamente hacia un punto prefijado en su mente semiinconsciente.

Durante mucho tiempo, y cada vez más lentamente por la constante pérdida de fuerzas, continuó reptando, mientras apretaba con fuerza los dientes para evitar proferir los gritos de dolor que pugnaban por salir de su garganta, hasta vislumbrar la polvorienta carretera de Cuberton.

Todo cuanto se ofrecía a su vista parecía girar vertiginosamente y

cada palmo que avanzaba constituía una verdadera tortura para él. Por fin, tras un postrer esfuerzo, consiguió llegar a su meta, justamente en el momento en que perdía definitivamente la conciencia de cuanto le rodeaba.

La diligencia, arrastrada por un tiro de seis caballos azuzados continuamente por el conductor, corría velozmente dando terribles bandazos. De súbito, el hombre que iba sentado en el pescante, con un rifle cruzado entre las piernas, gritó:

— ¡Para!

La reacción del conductor fue inmediata. Tiró con fuerza de las riendas con la mano izquierda y con la derecha accionó el freno de las ruedas, al propio tiempo que gritaba:

— ¡So! ¡So!

Tan pronto como el coche se detuvo, el vigilante, sin abandonar el «Winchester», saltó a tierra y corrió hacia el cuerpo ensangrentado que viera al borde del camino. Atisbo precavidamente los matorrales cercanos y, tras cerciorarse de que nadie rondaba por las proximidades, observó a Kufal y dijo al conductor:

—Baja a ayudarme, Ben, hemos de llevar al tipo ése al «matasanos» cuanto antes.

El conductor no se hizo repetir la indicación y a los pocos instantes estaba también junto al inconsciente hombre amarillo.

Acto seguido, dieron la vuelta cuidadosamente al cuerpo del herido y mientras lo asían por las piernas y axilas el conductor manifestó:

—Es aquel joven del Este, que ha venido a Cuberton para no sé qué diablos hacer con las rocas.

—Parece que lo han arrastrado sin grandes miramientos hasta aquí.

—Sin contar con los balazos que, seguramente, le arrearón antes por la espalda.

— ¿Quién habrá podido cometer semejante monstruosidad? A un tipo se le mata cara a cara y se acabó. El que haya hecho esto es un sucio cobarde.

Cuando la diligencia se detuvo frente al «Hotel Day», el conductor bajó con rapidez del pescante y, ante la mirada sorprendida de los curiosos que aguardaban la llegada del coche, entró corriendo en el interior del hotel.

— ¡Day, ven, traemos un herido grave!

Treinta minutos después, Kufal yacía boca abajo en la cama y el doctor Stafford estaba curándole las heridas ante las miradas atentas de Day y del comisario de Cuberton.

Durante mucho tiempo, el médico hurgó en las heridas del joven,

hasta que pudo lograr su propósito de extraerle las balas alojadas en el cuerpo. Después de conseguirlo, las entregó al comisario y, mientras proseguía su trabajo, informó:

—Parece que le dispararon desde dos ángulos diferentes, pero siempre por la espalda. Una bala incrustada cerca de la paletilla derecha y la otra en el costado izquierdo hasta la columna vertebral. Han querido asesinarlo, Mel.

El comisario observó las ensangrentadas porciones de plomo que sostenía en la mano e hizo un solo comentario:

—Dos tiros de rifle.

— ¿Se salvará, doctor? —preguntó Day con gran interés.

—Tal vez, pero aunque es joven y robusto, ha perdido mucha sangre y puede sobrevenirle una infección.

— ¿Por qué habrán querido matarlo? Es un buen muchacho y no se metía con nadie —comentó Day, como si hablara consigo mismo.

—Usted, mejor que nadie, sabe que Kufal no está precisamente falto de dinero. Cualquiera maleante también puede saberlo e intentó robarle —contestó el comisario, a pesar de que en su mente se había forjado otra sospecha al recordar una pasada conversación.

Durante una semana, Kufal estuvo debatiéndose entre la vida y la muerte sin que prácticamente Elizabeth se apartara de su lado, siendo sustituida, en las pocas ocasiones que dormitó algunas horas, por la mujer de Day.

A los diez días del atentado y después de separar la mano de la frente de Kufal, el médico, con manifiesto alivio por su parte y regocijo por la de su hija y Day, anunció al herido:

—Bien, George, creo que esta vez también me salvarás.

Pero en el transcurso de los días siguientes de nuevo apareció la pesadumbre en el rostro de todos ellos. Kufal no podía mover las piernas... las tenía paralizadas y cuando se recobrara totalmente se habría convertido en un tullido.

Un mes después, y mientras permanecía sentado en una silla de un dormitorio preparado ex profeso para él en la planta baja del hotel, llamaron suavemente a la puerta. Kufal dejó sobre sus rodillas el libro que leía e indicó:

—Puede pasar.

En seguida entró un hombre y preguntó:

— ¿Cómo se encuentra?

—Bien, señor Winter, a no ser...

—Me doy cuenta de cómo se siente, pero he de hablarle.

—Pues hágalo.

—Mel, el comisario, de modo muy disimulado, me dio a entender

que tal vez le hubiera disparado a usted alguno de mis hombres al relacionarlo estúpidamente con las muertes de Slim y Chuck. Puedo asegurarle que no ha sido ninguno de ellos, y aunque no sea asunto mío, le juro que si algún día llego a saber quién fue el puerco que le disparó a traición le haré colgar, a pesar de cuanto diga o haga Mel.

—Jamás insinué nada parecido al comisario, señor Winter.

—Lo sé, la culpa fue solamente mía, puesto que cuando hallaren el cadáver de Chuck yo le dije a Mel que la muerte negra había aparecido coincidiendo con la venida de usted a Cuberton.

— ¿Y? —alentó Kufal a proseguir a Winter para conocer hasta donde llegaban sus sospechas.

—Fue una solemne tontería por mi parte. ¿Acaso, de haber tenido poder sobre la muerte negra se hubiera dejado casi matar? ¿Habría permitido que lo convirtieran en un tullido?

Kufal no pudo contestar a Winter porque en aquel instante Elizabeth entró en la habitación. Por la palidez de su rostro, el joven comprendió que ella había escuchado las últimas palabras del ranchero.

—Kufal, ya le he dicho cuanto tenía en el buche. Confío en que me habrá creído.

—Sí, señor Winter, le creo.

—Gracias, muchacho —se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir añadió—: Siento lo ocurrido, de verdad.

Tan pronto como se cerró la puerta a espaldas de Winter, Elizabeth se arrodilló a los pies de Kufal y, con el rostro puesto sobre las inertes piernas del joven, lloró en silencio mientras imploraba:

— ¡Perdóname, George, perdóname!

— ¿De qué he de perdonarte, Elizabeth? —preguntó con dulzura el parálítico mientras acariciaba una y otra vez los rubios cabellos de la joven.

—Me siento tan culpable... no puedo olvidar que si no usaste el extraño fuego de tu arma fue porque yo te lo pedí —contestó la joven levantando la cabeza y mirando al joven acongojada.

—Hubiera ocurrido igual. No vi a mi agresor.

—Pero tú intentaste correr cuando te alcanzaron por vez primera. De haber llevado tu arma, tal vez hubieras evitado que te dispararan de nuevo; fue la segunda bala la que te ha provocado la parálisis.

—No sufras más, Elizabeth, puede que lo sucedido haya sido obra de la Providencia para impedir la unión de dos seres de razas y mundos distintos.

—No, George, no ha sido designio de Dios; ha sido obra de los hombres...

—Que todavía no han concluido —interrumpió Kufal.

—Pero que tú debes evitar a toda costa. Utiliza el arma que produce la misteriosa muerte, te lo suplico, no me importa a quienes mates, sólo es tu vida la que me importa.

Capítulo VII

Empezaba a oscurecer. Kufal, sentado en una tosca silla de ruedas, estaba junto a una de las ventanas del comedor del hotel hablando con el hijo de Day.

— ¡Mire, señor Kufal, estrellas errantes! —exclamó inesperadamente el muchacho, señalando con el brazo extendido a tres puntitos luminosos en el cielo—. Mi madre dice que si se formula un deseo siempre se alcanza.

Los ojos del paralítico siguieron la dirección indicada por el jovenzuelo y pudieron observar durante unos momentos las aparentes estrellas fugaces que habían surcado el espacio. A pesar de la brevedad con que las observó antes de desaparecer, el desplazamiento en formación de triángulo, el color y el rumbo que habían tomado, hicieron que su cuerpo se estremeciera como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Aquellos objetos no eran astros, estaba seguro de que había visto a tres pequeñas naves espaciales.

— ¿Qué le pasa, señor Kufal? ¿Se siente mal? —preguntó alarmado Joseph, al notar la súbita palidez adquirida por el rostro del tullido.

—Nada, ha sido un ligero mareo —contestó Kufal procurando serenarse.

— ¿Quiere que llame a mi padre?

—No es necesario, me ha ocurrido otras veces. Iré a acostarme.

—Pero...

—No te preocupes, Joseph, mañana ya estaré bien.

Y presa de viva excitación, Kufal accionó las ruedas de la silla y se dirigió apresuradamente a su aposento seguido de la mirada preocupada del muchacho.

Una vez que entró en la habitación, cerró la puerta con llave; después abrió un armario del que sacó una pesada maleta de madera y la colocó sobre sus rodillas. Luego, tan rápidamente como le permitía su disminución física, se aproximó a la cama y dejó la maleta sobre ella. La abrió con gran nerviosismo y enchufó unas clavijas. A continuación habló en tono lleno de emoción:

— ¡Atención, módulos espaciales de Kenox! ¡Atención! ¿Me escucháis?

Durante unos segundos, que le parecieron horas, Kufal, con todo el cuerpo bañado de sudor, estuvo aguardando angustiosamente las palabras que tantas veces había de oír para que su quimérico sueño se convirtiera en realidad.

—Sí, aunque tan débilmente que casi resultan inaudibles. Espero instrucciones.

—Estoy hablando desde Xeron...

— ¿Desde Xeron? —le interrumpió excitado el astronauta que cantara la llamada de Kufal.

—Sí.

—Aguarda un momento, te pongo en contacto con el puesto central. Ya puedes informar.

— ¡Atención nave guía! ¿Podéis escucharme?

—Identifica de inmediato tu módulo de observación, porque estás fuera de nuestro control.

—Os hablo desde Xeron. Mi nombre es Kufal; identificación personal números cero, uno, once, diecinueve, veinticuatro, del sector IV. En la expedición treinta y dos, mi módulo sufrió una avería y cayó en la superficie del planeta. Desde entonces estoy conviviendo con sus habitantes.

De haber podido observar la estupefacción de los tripulantes del departamento de la nave nodriza, desde donde controlaban electrónicamente los vuelos de los pequeños módulos de observación, Kufal, a pesar de las trágicas circunstancias, no hubiera podido evitar una sonrisa.

—Mantente a la escucha.

Kufal esperó varios minutos, presumiendo que desde la nave nodriza sería comunicada la noticia de su insólito hallazgo al centro de experimentación del planeta a la par que solicitarían los correspondientes antecedentes relativos a su información y las instrucciones acerca de cómo debían actuar.

Por fin sonó de nuevo la voz desde la nave espacial.

—Vamos a proceder a tu rescate. Ve contestando a las preguntas que te formularemos, a fin de que podamos localizar el punto exacto donde te encuentras. En la expedición treinta y dos, se creyó que tu módulo había quedado destruido y que tú habías perecido. Afortunadamente, vemos que no fue así.

—Mi cápsula espacial fue desintegrada, pero conseguí abandonarla antes de que ocurriera.

—Si no ibas provisto de traje espacial, ¿cómo has podido sobrevivir?

—No lo sé. Supongo que los científicos de Kenox podrán explicar las causas.

—Alégrate, Kufal, sabemos exactamente el lugar donde te encuentras. Dentro de poco descenderá una nave para recogerte.

—Esperad. Estoy en un pueblo habitado, en el que la mayor parte

de la gente lleva armas mortíferas. Cuando vean a los hombres que integrarán la misión de rescate, el pánico cundirá y no vacilarán en matarlos por creerlos seres espectrales.

—Tú conoces el ambiente que te rodea, di, pues, lo que a tu juicio sea más conveniente.

—Aguardad a que pasen algunas horas. Aproximadamente a mitad de la noche, la nave de rescate que se ponga un poco apartada del lugar donde me encuentro. Entonces, podrán venir a buscarme.

—¿No puedes acudir tú a algún sitio lejos del pueblo donde estás? Si usas tu transmisor, te localizarán al instante.

—Podría intentarlo.

—Debemos conocer todos los detalles antes de iniciar la operación de tu salvamento. Deduzco por tus palabras que hay alguna causa especial que te lo impide, ¿cuál es?

—No puedo andar. Tengo las piernas paralizadas.

—En ese caso no te esfuerces. A la hora que has indicado, dos hombres irán por ti. ¿Has de hacernos alguna otra recomendación?

—Que extremen las precauciones porque su vida puede correr peligro. Y ahora sería prudente que yo dejara de comunicar con vosotros, puesto que podría oírme alguien.

—Puedes hacerlo. No obstante, nosotros permaneceremos a la escucha por si surgiera alguna novedad.

A la mañana siguiente, en Cuberton, un hombre sumamente excitado estaba rodeado de un nutrido grupo de gente escuchaba las palabras con evidente atención.

—Os aseguro que los vi. ¡Os lo juro!

— ¿No estarías soñando? —preguntó uno de los oyentes con mal disimulada socarronería.

—Los vi tan bien como os veo ahora a vosotros.

—¿Qué viste, Thommy? —inquirió otro que, tras abrirse paso, se encaró con el nervioso orador.

—A los fantasmas, comisario. Eran dos.

Indudablemente, a tenor de su tono veraz, Thommy había visto algo inusitado. Dispuesto a averiguar todo lo posible, el representante de la ley siguió preguntando:

— ¿Cuándo los viste? ¿Cómo eran?

—La noche pasada. Serían aproximadamente las cuatro de la madrugada cuando yo venía... bueno, no importa esto... y al llegar a la calle principal vi a los dos fantasmas. Eran altos, con pantalones y camisa blanca, tenían una cabeza enorme, redonda y transparente porque aseguraría que a través de ella les pude ver la boca y la nariz. También tenían unas cosas en la espalda, y uno de ellos llevaba en brazos a un hombre como nosotros como si no pasara nada. Andaban

muy despacio, tanto que parecían no moverse del sitio. Yo me asusté, lo confieso, y me acurruqué en la esquina sin atreverme ni siquiera a moverme.

—Thommy, respóndeme con sinceridad. ¿Estabas sobrio?

—¡Claro que sí!

—Entonces debiste disparar sobre ellos.

—No, comisario. Aunque estaba asustado, mi cabeza funcionaba bien. Seguramente, Slim y Chuk, dos tipos más rápidos que yo, también los vieron, lo intentaron, y ¿qué les ocurrió? Ahora están reposando bajo unos palmos de tierra. No, comisario, no quise ser la tercera víctima de la muerte negra.

— ¿Y a quién se llevaron?

—Lo ignoro; sólo podía mirar a los fantasmas.

— ¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez fue debido a que la visión me tenía hechizado.

—Si has inventado esa historia, te prometo que te encerraré una semana en una celda para que no vuelvas a tener una idea semejante —replicó el comisario dándole la espalda y alejándose de allí.

Pero algunas horas más tarde, la narración de Thommy se confirmó. Kufal, el paralítico que se hospedaba en el «Hotel Day», había desaparecido misteriosamente del pueblo sin que hubiera podido hacerlo por sí mismo, ya que en la habitación que ocupaba se halló su silla de ruedas.

Y de todas las personas de Cuberton solamente Elizabeth vislumbró la realidad de lo ocurrido. George había establecido contacto con las gentes de su planeta, mediante el extraño aparato que construyera, y dos hombres amarillos se lo habían llevado a su mundo de origen. Y también únicamente fue Elizabeth, con indescriptible congoja, la que no sintió pánico de los fantasmas que visitaron la ciudad.

* * *

Alumbrados por la tenue claridad de la Luna, dos cosmonautas equipados con sendos trajes espaciales avanzaban lentamente debido a la dificultad que les suponía hacerlo en un planeta donde la fuerza de gravedad era mayor que la del suyo propio. Uno de ellos, dotado como sus compañeros de gran fortaleza física, llevaba en brazos a un hombre. Caminaba detrás del otro por una polvorienta calle, mirando de vez en cuando las rústicas construcciones de madera que les rodeaban.

De pronto, de una maleta que descansaba en las piernas del hombre que transportaba el cosmonauta salió una voz tenue que dijo:

—Hay un ser de Xeron que nos está observando.

—Ya me he dado cuenta —replicó, en tono bajo, el hombre que llevaban en brazos, mientras dirigía hacia el individuo que los veía pasar un artefacto que empuñaba en la mano derecha—, pero podéis seguir. No parece tener intención de atacarnos, de lo que me alegro, porque, no os extrañéis, si lo hiciera tendría que matarlo.

Los cosmonautas continuaron con su lento paso hasta llegar, a unos quinientos metros de la ciudad, a una gran masa metálica posada en medio de la carretera.

De inmediato, se abrió la compuerta de la nave espacial y los dos astronautas penetraron en el interior dejando en uno de los sillones al hombre que habían llevado alternativamente sujetándolo con varios cinturones. Después, se despojaron de los trajes espaciales y, tras haberse sentado uno de ellos, indicó al piloto situado frente a un complicado tablero de instrumentos y que les había estado aguardando:

— ¡Misión cumplida! ¡Arriba ya!

La masa metálica trepidó, experimentó una ligera sacudida e, impulsada por los poderosos cohetes propulsores, se levantó hacia el cielo adquiriendo pronto una extraordinaria velocidad.

A los pocos minutos, el hombre del planeta Marte que iba acomodado en el asiento contiguo al de Kufal, al observar la palidez de su frente y pómulos, la dificultad que mostraba en respirar y el estado de semiinconsciencia, preguntó, entre solícito y alarmado:

— ¿Qué te ocurre?

—Me ahogo... me falta aire...

—Igar, velocidad al máximo —indicó al piloto, y después, alzando el tono, añadió—: Atención, nave nodriza, el rescatado de Xeron tiene dificultades respiratorias.

—Estamos enterados, pues hemos escuchado vuestra conversación.

La cosmonave de rescate continuó lanzada a velocidad vertiginosa. De súbito, se pararon los propulsores y sólo continuó avanzando por la inercia hasta llegar a un punto donde inició el proceso de orbitar alrededor de la Tierra. Inmediatamente se unió a ella una astronave de proporciones gigantescas, se abrió una porción lateral de la misma y a los pocos segundos el pequeño vehículo espacial entraba en el hueco, que se cerró seguidamente después de su paso.

* * *

Era el noveno día de la permanencia de Kufal entre los suyos. El profesor jefe del equipo, rodeado de sus ayudantes y provistos de las correspondientes caretas que le permitían respirar el aire de su propia atmósfera, hablaba con el paciente a través de los sistemas de

transmisión.

— ¿Cómo te sientes, Kufal?

—Creo que ya estoy bien.

—Eso parece. Pero estoy preocupado por ti, muchacho.

—Puedes hablarme sin reticencias, doctor; desde que piloté el módulo de observación en la expedición treinta y dos, he estado repetidas veces al borde de la muerte. No creo, por tanto, que me asuste nada de cuanto me digas.

—Contigo estamos experimentando el caso más singular que jamás haya podido presentarse a ningún médico. Yago, muéstrale las radiografías.

Seguidamente, el aludido entregó a Kufal varias cartulinas en color que éste observó detenidamente.

— ¿Ves algo en ellas? —preguntó el profesor cuando Kufal hubo terminado de examinarlas.

—Corresponden al corazón y a los pulmones de una persona, si bien las vísceras me parecen algo deformadas.

—Así es. Las vísceras están algo deformadas.

—¿Y...?

—Esas radiografías son tuyas. Tu corazón se ha reducido de tamaño y los pulmones han degenerado. En tales condiciones, tu funcionalismo normal exige una gran cantidad de oxígeno y precisas respirar aire igual al de la atmósfera de Xeron. Incomprensiblemente, como hubiera sido lo natural, en vez de morir cuando pisaste aquel planeta, te has adaptado a él.

— ¿Quieres decir que no podré readaptarme? —preguntó Kufal, intuyendo la opinión que se había formado el médico.

—No lo sé, pero temo que tu transformación orgánica no sea reversible.

—Luego, ¿tendré que vivir siempre en un ambiente artificial? —Inquirió Kufal, sin poder disimular su desánimo, para añadir a continuación, expresando su pensamiento en voz alta—: Claro que, para vivir paralítico y en estas condiciones, hubiera preferido morir.

—No desesperes. Volverás a andar tan pronto como estés totalmente recuperado. Sólo necesitaré practicar una pequeña operación. Afortunadamente, sólo tienes una vértebra desplazada de su lugar, que te aprisiona la médula, pero sin que la dañe seriamente. En cuanto a si podrás o no readaptarte al ambiente de nuestro planeta, únicamente te he dado mi opinión que, por lo raro de tu caso, bien puede ser equivocada. Ten presente que, tan pronto como lleguemos a Kenox, se encargarán de ti los mejores científicos y serán ellos quienes digan la última palabra.

Y exactamente como había prometido el jefe del equipo médico de

la nave espacial, un mes después, Kufal andaba normalmente por el interior de la cosmonave, siendo objeto de la atención de todos los tripulantes a quienes narraba, una y otra vez, para satisfacer la curiosidad que había despertado en ellos, cuando le había ocurrido durante su larga permanencia entre los habitantes de la Tierra.

Capítulo VIII

Si la llegada de las grandes cosmonaves después de los largos viajes por el sistema planetario eran siempre recibidas con entusiasmo en el Centro de Investigación Espaciales, en esta ocasión desbordada incluso a la de la llegada de la primera expedición realizada muchos años atrás. Un tripulante que se suponía muerto, debido a la avería de uno de los módulos de observación de la que se había considerado desafortunada expedición treinta y dos, había sido hallado vivo en un planeta hermano y había podido ser rescatado merced al tenaz esfuerzo de haberse construido, aun sin medios adecuados para ello, un rudimentario transmisor con el cual pudo establecer contacto con sus futuros salvadores.

Tan pronto como la nave arribó y fueron descendiendo sus tripulantes, el interés de la multitud se centró en el hombre vestido con traje espacial y provisto de tanques de aire especialmente preparados para él.

Kufal andaba por el interior del vasto edificio. En sus labios bailaba una amplia sonrisa, mientras saludaba con gesto amistoso a cuantos miembros del Centro lo miraban al pasar, entre los cuales reconoció a más de un rostro amigo.

Durante muchos días, Kufal permaneció en el Centro de Investigaciones Espaciales grabando todas las observaciones que hiciera durante su larga y forzada permanencia en la Tierra, acerca del progreso técnico y social de sus habitantes, de la flora y la fauna existentes y que constituirían en sí el mejor de los documentos obtenidos después de tantos estudios realizados siempre desde naves espaciales.

Una vez terminado aquel trabajo inicial, los más reputados médicos, con el afán propio de los investigadores, dieron principio al estudio de la transformación orgánica sufrida por Kufal.

Había transcurrido cerca de medio año, en el calendario marciano, desde que Kufal arribara a su planeta, siendo todavía una preocupación constante para los científicos que examinaban su increíble transformación debido a que su aspecto cada día era más macilento. Durante aquel tiempo parecía haber envejecido y perdido el vigor físico propio de su juventud.

La mirada de los ojos grises de Kufal era mortecina al mirar al hombre que acababa de entrar en el amplio edificio de una planta que se le había construido expresamente para vivienda.

—He venido a charlar un poco contigo, muchacho.

—Te lo agradezco, Nertol. Toma asiento.

Tan pronto como el visitante, hombre maduro como indicaban las arrugas que mostraba en su rostro, se acomodó en un confortable sillón confeccionado con material sintético relleno de aire, Kufal le preguntó sin preámbulos:

— ¿Qué noticias me traes?

—Ninguna que no conozcas.

Kufal dio unos pasos por la estancia con claras muestras de abatimiento y después de serenarse, volvió junto a Nertol.

—Lo cual significa que estoy condenado a vivir en este encierro durante el resto de mis días.

—Deberías distraerte, Kufal.

—Ya lo hago, Nertol, ya lo hago. La mayor parte de las horas del día las paso trabajando en mi pequeño taller y entonces, concentrado en mi labor, me olvido de todo.

—Muy bien, muchacho, eso ya está mejor.

—Precisamente ayer terminé la construcción de un aparato al que he llamado «silla voladora». ¿Quieres verlo?

—Claro que sí —contestó Nertol levantándose para acompañar al joven a otra estancia del edificio.

La sala en que penetraron era de grandes proporciones, estaba dotada de gran número de instrumentos de comprobación, máquinas y pequeños instrumentos para el trabajo manual.

—Mira, Nertol, esto es mi silla voladora —indicó Kufal, indicándole lo que a simple vista era un confortable sillón provisto de brazos en los que había unos pulsadores y palanquitas pequeñas.

Se apoyaba en el suelo mediante cuatro patas metálicas y del respaldo sobresalía un grueso tubo al que estaba unido una pequeña cabina transparente de forma cilíndrica:

Seguidamente, Kufal tomó asiento en el aparato que había construido e indicó:

—Voy a mostrarte su funcionamiento.

Cerró el cilindro destinado a proteger al ocupante y casi de inmediato la máquina se elevó suavemente del suelo hasta llegar a la altura de unos dos metros. Después, inició un movimiento de avance y, dirigida por Kufal, dio varias vueltas alrededor de la estancia seguida siempre de la mirada atenta de Nertol.

Después de posarse con igual suavidad en el piso, Kufal abandonó el pequeño ingenio volador y preguntó:

— ¿Qué te ha parecido?

—Magnífico, Kufal. ¿A qué altura puede elevarse y qué velocidad

puede desarrollar?

—Tendría que experimentarla en el exterior; pero si mis cálculos no fallan, como el sistema antigravitatorio de que está provisto es sencillo, puede elevarse hasta unos quinientos metros y alcanzar una velocidad aproximada de cien kilómetros por hora.

— ¿Te importaría que fuese probada en espacio abierto?

—Al contrario, me gustaría muchísimo y más si quien lo hiciera fuera yo.

—De acuerdo, pero antes repasa concienzudamente tu silla voladora porque no quisiera que sufieras otro accidente.

—Gracias, Nertol.

—Es a ti a quien deberemos darlas, pues si logras el éxito que espero, serán construidas en cantidades industriales. Será el móvil individual por excelencia dadas sus reducidas dimensiones.

* * *

Sesenta días después, Nertol, en una de las periódicas visitas que efectuaba a Kufal, encontró al joven sumamente anonadado y creyendo adivinar la causa, a fin de distraerlo de los pensamientos que suponía lo atormentaban, comentó:

— Tu invento ha tenido una aceptación extraordinaria; se está fabricando en serie y puedo asegurarte que ya son miles las unidades que vuelan por nuestro cielo.

Pero como Kufal no contestara, Nertol inquirió:

— ¿Qué te ocurre, muchacho, lo de siempre?

—Sí, he perdido la confianza de volver a convertirme en un ser normal.

En esta ocasión, fue Nertol quien guardó silencio. Observando el abatimiento, el manifiesto enflaquecimiento y el intenso color amarillo que el joven iba adquiriendo de día en día, comprendió que estaba sufriendo una lenta agonía que le debilitaba sin cesar tanto mental como físicamente. Y fue entonces cuando tomó la decisión.

—He sido nombrado jefe para una expedición a Talo. ¿Quieres que te lleve conmigo?

De súbito, los ojos grises de Kufal recobraron el brillo de antaño. Miró fijamente a su interlocutor y con patente nerviosismo preguntó a su vez:

— ¿Pasarás próximo a Xeron?

—Comparado con la distancia que nos separa de Talo, pues sí.

— ¿Cuántos días de retraso te supondría desviarte de tu ruta si pasaras por Xeron?

— ¿Por qué?

—Mi vida es un tormento continuo. Quisiera regresar de nuevo a aquel planeta donde podría vivir libre y normalmente como cualquier otro hombre.

—No puede ser, Kufal, no puedo consentir que vuelvas a convivir con aquellas gentes.

— ¿Y por qué, si me he convertido físicamente en uno de ellos?

—Porque su civilización es muy imperfecta. Ya estuviste una vez demasiados años exponiendo tu vida entre ellos.

— ¿Pero no comprendes que aquí, en mi propio pueblo, estoy condenado a morir irremisiblemente? ¿No te has dado cuenta que vivo gracias al ambiente artificial que se me han creado y que de continuar así me volveré loco a no ser que antes...

— ¿Antes qué, Kufal? —preguntó alarmado Nertol, cuando el joven dejó la frase sin concluir.

—Acabe con este sufrimiento.

— ¡Kufal!

—Por favor, Nertol, llévame a Xeron —suplicó Kufal casi con lágrimas en los ojos.

—Me pides un imposible.

— ¿Aunque mi vida esté en peligro? Ya sabes que en Xeron hay una mujer que me ama y yo a ella; si intervienes en mi favor, puedes proporcionarme una vida feliz y tal vez muy larga.

— ¿Y renunciarías para siempre a vivir junto a tus semejantes?

— ¿A esto le llamas vivir? —replicó Kufal con otra pregunta a la vez que con un ademán le señalaba el ámbito de la habitación.

—Puede que te asista la razón. Mañana, sin falta, solicitaré el dictamen de los médicos del Centro y, si su respuesta es negativa, te prometo que plantearé tu caso ante el Consejo y haré por ti cuanto esté a mi alcance.

—Entonces, ¿no lo repruebas?

—De ninguna manera. Es más, si llegara el caso, yo sería el primero en rogarte que usaras de toda tu ciencia para tu bien particular.

—Gracias de nuevo, Nertol. Dejo en tus manos mi porvenir.

Capítulo IX

El hombre, desde la cima de un montículo y mirando a través de unos extraños lentes con la espalda apoyada en el grueso tronco de un árbol, estaba observando con atención un lejano bosquecillo situado en la llanura.

Habían transcurrido ya algunas horas desde el comienzo de su constante vigilancia cuando el batir de unos cascos de caballo lo sacaron de su perseverante observación. Guardó rápidamente los lentes en el bolsillo de su camisa y, tras mirar a un lado, aguardó a que el jinete que venía en su dirección llegara junto a él.

Tan pronto como el vaquero se detuvo, miró al hombre que continuaba recostado, con indolencia y sin desmontar, le preguntó con rudeza:

— ¿Qué está haciendo en este lugar?

— Nada. Sólo disfruto de la sombra que me proporciona el árbol.

— Pues ya la ha disfrutado bastante. ¡Largo de aquí!

El vaquero rozó con la diestra la culata del revólver y declaró en tono amenazador:

— Le he dicho que se largue... a no ser que prefiera convertirse en un «fiambre».

— ¿Por qué no se marcha usted y me deja en paz? Yo no molesto a nadie.

— ¡Basta de charla! Empiece a caminar.

— Lamento observar, Morris, que tus modales y costumbres no han cambiado lo más mínimo durante estos últimos años.

— De manera que me conoces, ¿verdad? Pues ya sabes cómo las gasto.

Casi sin darse cuenta de sus palabras, el hombre replicó:

— Claro que te conozco. Tú fuiste una de las alimañas que mataron a golpes al viejo Tom.

La sorpresa de aquella acusación dejó paralizado al vaquero. Miró atentamente el rostro rasurado del joven que la había pronunciado y luego exclamó:

— ¡Maldición! ¡Tú eres el herrero!

— Acertaste. Morris.

Después, y sin intercambiar más palabras, ambos hombres actuaron con increíble rapidez. Morris sacó el Colt de la funda y la mano derecha de Kufal se apoyó en la culata del artefacto que pendía de su cintura. Una vez más, el hombre amarillo consiguió aventajar a

su rival, pues antes de que Morris pudiera apretar el gatillo del revólver, cayó fulminado por la potente descarga eléctrica de la mortífera arma del ser extraterrestre, al igual que el caballo que montaba.

Luego, Kufal observó a su nueva víctima y al no experimentar satisfacción por haber vengado la muerte de aquel hombre que lo recogió como un entrañable amigo en los primeros tiempos de su permanencia en la Tierra, monologó:

«Ha sido el destino quien lo ha querido, pues yo le había perdonado.»

Después, se sentó debajo del árbol. Se colocó de nuevo los sencillos, pero potentes prismáticos y continuó concentrando su atención hacia el bosque objeto de su anterior vigilancia, mientras monologaba de nuevo:

«Pronto oscurecerá. ¿Me habré equivocado en mi suposición?»

Durante la noche del mismo día, cuando no había ninguna luz encendida que delatara el que todavía hubiera alguien sin haberse acostado, un extraño aparato descendió lentamente del cielo y se posó suavemente en la calle principal. De la nave salió un hombre de elevada estatura.

Kufal, tras abandonar la silla voladora, previamente adaptada a la fuerza de gravedad de la Tierra, que Nertol había accedido a que se llevara consigo al devolverlo al planeta que denominaban Xeron ante la imposibilidad de conseguir que sus órganos vitales volvieran a readaptarse al ambiente de su propio mundo, miró a ambos lados de la calle y, al no distinguir ningún ser viviente, se acercó sigilosamente a una casa y rápidamente introdujo un sobre por debajo de la puerta. Después regresó a su vehículo volador y a los pocos segundos se elevaba sin que nadie hubiera advertido su visita.

A la mañana siguiente, Kufal, una vez se hubo percatado de que el cadáver de Morris todavía no había sido hallado, buscó otro lugar de observación y, al igual que el día anterior, concentró su atención en el mismo bosque.

Entretanto, en la oficina del Banco local de Cuberton...

Un hombre rechoncho y de baja estatura paseaba como fiera enjaulada por el interior de su despacho privado, secándose de vez en cuando el copioso sudor de la frente.

—Fui un estúpido al permitir que fueras tú quien se encargara de quitar de en medio a aquel tipo del Este —dijo deteniéndose súbitamente frente a un joven que no cesaba de mirarlo—, pero tú aún lo fuiste más.

Y como el joven callara, el hombre continuó, furioso:

—No debí fiarme de ti, puesto que no sirves para nada. Vas a

liquidar a un tipo, le sueltas a placer dos tiros por la espalda y no solamente lo dejas con vida, sino que, además, ni siquiera adviertes que hay otro que te está observando.

—Padre, te aseguro que allí estaba el tal Kufal.

— ¿Sí? ¿Y las dos cartas que hemos recibido del individuo que dice haberte visto disparar, pidiéndonos dinero a cambio de guardar silencio? ¿Son invento mío? ¿Qué me respondes?

—No, esto no.

—No obstante, hay un detalle que me desconcierta. ¿Por qué ha tardado más de dos años para enviar esas cartas anónimas exigiendo quinientos dólares?

—Ya lo dice en la primera. En principio, no le importaron nuestros asuntos, pero ahora está enfermo, no puede trabajar y necesita dinero para montar una pequeña cantina que le permita subsistir.

—Los motivos que emplearía un hombre inteligente que intentara embolsarse quinientos dólares —contestó el banquero, pensativo, añadiendo seguidamente—: Puede que tengas razón al asegurar que nadie te vio disparar sobre Kufal.

—Pero las cartas...

—No me olvido de ellas. Si en realidad hubo un individuo que te vio, por fuerza debió de ser un forastero que lógicamente no te conocía ni entró en el pueblo, pues el comisario lo hubiera detenido como sospechoso. Tampoco fue nadie de Cuberton, puesto que se lo hubiera contado de inmediato a Mel. Cuando el individuo en cuestión decidió vender su silencio, tuvo que venir a Cuberton e indagar acerca del hombre que viera disparar sin que se alejara posteriormente, ya que las dos cartas las ha echado por debajo de la puerta del Banco. Yo, por mi parte, también he practicado algunas indagaciones y durante estas dos últimas semanas no se ha visto a ningún forastero en la ciudad.

—Entonces, ¿cuál es tu opinión?

—Bien podría tratarse de alguien de Cuberton que de pronto hubiera llegado a sospechar que fuiste tú quien intentó liquidar a Kufal, pues, aparentemente, eres el único que tenía sobrados motivos. Él fue la causa de que no te casaras con Elizabeth.

—Tu teoría parece verosímil, padre. ¿Por qué no contamos al comisario que alguien pretende hacernos chantaje acusándome falsamente? Sería la mejor prueba que podríamos darle de mi inocencia.

—Porque entraña un peligro. Puede que las cartas sean verdaderas.

— ¿Qué podemos hacer? —preguntó desconcertado el joven ante el cambio brusco de opinión de su progenitor.

—Averiguar quién las ha escrito.

—¿Quieres decir que debo acudir a la cita?

—Sí, pero no irás solo como pretende nuestro desconocido comunicante. Es más, puede que, en vez de los quinientos dólares, se encuentre con una desagradable sorpresa. Escucha...

Y durante algún tiempo el banquero estuvo contando a su hijo el plan que tenía en la mente desde hacía dos días, forjado después de haber recibido la primera de las cartas que tanto le preocupaban.

* * *

Kufal, momentáneamente, no prestó atención a los dos jinetes que galopaban por la polvorienta carretera. Mas, al desviarse en dirección al lugar objeto de su constante Vigilancia, concentró la atención sobre ellos, y su rostro se ensombreció. Pese a la distancia que los separaba, gracias a las potentes gafas de aumento que usaba, los reconoció. Del que marchaba delante sabía, por los comentarios que oyera, que no se le conocía trabajo alguno y que se ausentaba largas temporadas del pueblo a cuyo regreso poseía dinero en abundancia. Se sospechaba que formaba parte de alguna banda de cuatrerros, pero nunca se le había podido probar. En cuanto al que marchaba detrás, en más de una ocasión le vio reñir en el saloon de Cuberton por simples nimiedades, que la mayor parte de las veces provocaba intencionadamente. En verdad, formaban una pareja poco recomendable.

El hombre amarillo continuó observándolos y cuando vio que, tras desmontar, penetraban en el bosque, tomaban caminos diferentes, en el momento de perderlos de vista monologó:

«Esos dos vienen en busca mía. Leslie quiere asegurarse de que el hombre que escribió las cartas no hablará, lo cual confirma que fue él quien me disparó. Bien, tendré que ir a conversar con ellos.»

Después se aproximó a unos arbustos, los apartó a un lado y dejó al descubierto su ingenioso invento: la silla voladora.

Minutos más tarde, el pequeño vehículo aéreo se posaba suavemente en la parte contraria del bosque y en un lugar donde la vegetación era más espesa, al objeto de ocultarlo nuevamente a cualquier mirada indiscreta.

Con todos los sentidos alerta, corrió agachado y buscando la protección de los troncos de los pinos. Así fue adentrándose por el bosque hasta quedar parado detrás de uno de los árboles de tronco más grueso.

Acostumbrado a la paciente labor de investigador, permaneció inmóvil durante mucho tiempo hasta que a sus oídos llegaron casi

imperceptibles las sigilosas pisadas de un hombre. Abandonó de pronto su escondite, y el individuo, que indudablemente lo buscaba, quedó paralizado por la sorpresa cuando Kufal apareció delante de él a una distancia de tres o cuatro metros.

— ¿Me buscas a mí, Abner?

Si grande fue el estupor del hombre al ver aparecer a Kufal como si hubiera sido vomitado por la tierra, ahora todavía fue mayor cuando el desconocido pronunció su nombre.

— Esperaba a Leslie. ¿Es él quien te ha mandado? —siguió preguntando Kufal al no haber contestado Abner a la anterior pregunta.

— Así es —replicó, ya más sereno.

— Muy bien, ya puedes empezar a hablar.

Durante su vida, Abner cometió muchas equivocaciones, pero, sin lugar a dudas, la peor fue el creer desprevenido al joven que tenía delante y querer aprovechar la ocasión. Bajó rápidamente la mano a la culata del revólver y, movido únicamente por el impulso de matar, no vio cómo Kufal ya había hecho bascular su arma hacia él, esperando a que terminara de sacar el Colt de la funda por si, en último instante, desistía de su intento. Pero cuando el cañón del revólver se ponía horizontal, el rayo mortal del proyector del hombre de Marte había sido ya disparado. Al caer el cuerpo de Abner al suelo, ya estaba carbonizado.

«Tú lo has querido» —murmuró.

Después de pronunciar aquellas palabras, Kufal continuó penetrando en la espesura siempre con extremadas precauciones. De vez en cuando, después de ocultarse, atisbaba por los alrededores hasta que divisó al otro hombre que, con idénticas precauciones a las empleadas por él, acababa de rebasarlo. Cambió lentamente de posición y fue observando cómo se alejaba. Entonces, abandonó el tronco detrás del cual se ocultaba y, dando un ligero rodeo, se colocó a su espalda. El perseguido acababa de convertirse en perseguidor.

Al estar próximo a su enemigo y ver que empuñaba el revólver, le conminó:

— ¡Quieto!

El hombre vaciló un momento, pero suponiéndose encañonado por la espalda y comprender que tal circunstancia le era desfavorable para intentar revolverse y disparar antes de que lo hiciera su enemigo, permaneció inmóvil.

— Tira el revólver y luego date la vuelta —ordenó Kufal.

El asesino a sueldo, obedeciendo aquella voz autoritaria, dejó caer el arma y giró lentamente el cuerpo hasta quedar de cara a Kufal. Le

sorprendió al verlo únicamente con la mano apoyada sobre la culata de un grueso revólver todavía enfundado.

—Muy bien; ahora vas a contarme, sin omitir detalle, porque me buscas —dijo Kufal.

—Te equivocas, amigo. ¿Por qué iba yo a ir detrás de ti?

—Precisamente es lo que quiero que me digas.

—Te repito que te equivocas. Además, yo podría hacerte igual pregunta.

—Y yo te la respondería. No es a ti a quien esperaba, sino al hombre que te ha enviado.

—A mí no me ha enviado nadie, puedes creerme —contestó aquel sujeto con melosa sonrisa.

—Tal vez tengas razón, Te pido me disculpes —replicó Kufal, como si hubiera aceptado la explicación, a la vez que hacía como si quisiera alejarse.

Entonces, el secuaz de Leslie cayó en la trampa de Kufal. Se agachó velozmente y, empuñando el «Colt», lo dirigió en dirección a quien ya consideraba hombre muerto, mientras mascullaba con los dientes apretados:

— ¡Imbécil!

Pero la realidad fue muy distinta. El hombre amarillo, cuya mano continuaba descansando sobre la culata de lo que parecía ser un revólver de gran tamaño, inició una ligera presión sobre el arma y el segundo delincuente con la misión de matarlo recibió en el pecho la mortífera descarga. Era la quinta víctima de la muerte negra.

Sin pérdida de tiempo, Kufal se dirigió al lugar donde tenía oculto el ingenio que inventara y, segundos después, el aparato se elevaba hasta alcanzar la altura de cuatrocientos metros, volando luego hacia el montículo que le servía de punto de observación.

Mientras permanecía atento a su perenne vigilancia, la mente de Kufal trabajaba febrilmente. Tenía la certeza de que Leslie era el culpable de los disparos que le dejaron imposibilitado, pero su plan para atraerlo había fracasado. ¿Cómo podría acusarlo públicamente de haber mandado a dos malhechores para que acallaran al hombre que escribió haberle visto disparar sobre él sin descubrirse al propio tiempo como el causante de las terroríficas muertes negras al ser hallados los cadáveres de los supuestos asalariados? Forzosamente tendría...

De pronto, los pensamientos de Kufal quedaron interrumpidos. Otro jinete galopaba en dirección al lugar de la cita. El hombre amarillo dio un leve giro a una de las lentes que constituían sus gafas y le vio el rostro con precisión. Era Leslie. Continuó observándolo

hasta que, al llegar al bosque, penetró en el interior sin haber abandonado el caballo.

De nuevo entró Kufal en movimiento. Se dirigió hacia los matorrales donde ocultaba la silla voladora y la puso en funcionamiento. Fue elevándose progresivamente hasta que los destellos de una lamparita del brazo izquierdo del sillón le indicaron que había alcanzado la altura máxima. Después, accionó los propulsores y se desplazó horizontalmente en dirección al bosque que poco antes abandonara. Mas, al reducir la velocidad e iniciar el descenso, pudo ver cómo un caballo se lanzaba al galope en dirección a la carretera de Cuberton.

Kufal comprendió lo ocurrido: Leslie acababa de descubrir uno de los cadáveres y huía de aquel lugar como alma que lleva el diablo. Rápidamente, el hombre amarillo accionó los mandos del subvehículo e inmediatamente la máquina adquirió la máxima velocidad que podía desarrollar persiguiendo a su enemigo.

Muy pronto le aventajó. Kufal dio una vuelta completa y dirigió el pequeño vehículo en dirección a Leslie con la intención de detenerlo antes de que entrara en Cuberton, pues, tal vez, aquélla sería la única oportunidad que tendría de enfrentarse al hombre que, mientras viviera, sería un obstáculo peligroso para su felicidad en el planeta en el cual transcurriría ya el resto de su vida.

El caballo, cruelmente castigado por las hirientes rodajas de las espuelas del jinete, al ver el vehículo aéreo que recibía directamente los rayos del sol y lanzaba brillantes reflejos, se encabritó bruscamente derribando a Leslie y continuó su galope hacia el pueblo.

Kufal, tras cerciorarse de la ausencia de otras personas por los alrededores, hizo descender el aparato y lo posó cerca del lugar donde estaba tendido el cuerpo de Leslie. Con la mano puesta sobre la culata de su artefacto, se aproximó a su antiguo rival y al mirarlo se sintió extrañamente aliviado... no tendría que matar de nuevo, puesto que el cuerpo de Leslie carecía ya de vida. Los cascos del caballo le habían destrozado la cabeza.

* * *

En Cuberton, la agitación era colectiva. Mientras un grupo de hombres pugnaban por entrar en la oficina del comisario, a consecuencia de la inquietud de los primeros momentos, otros, con las armas a punto, montaban guardia en sus casas tras haber cerrado puertas y ventanas en un intento de proteger a sus mujeres e hijos. De nuevo, debido a los macabros hallazgos, el pánico había cundido en el pueblo.

Cuando el doctor Stafford penetró apresuradamente en su domicilio, mostraba en el rostro una manifiesta palidez a causa de la preocupación que lo dominaba. Se fue directamente a la sala de curas y llamó:

— ¡Elizabeth! ¡Elizabeth!

Momentos después, al entrar su hija y verlo en aquel estado, le preguntó angustiada:

— ¿Te encuentras mal, padre?

—Es mucho peor. Tengo la certeza de que George ha regresado a Cuberton.

— ¿Tanto te molesta? Creí que a ti también te agradaba —contestó Elizabeth sin poder evitar un ligero tono de recriminación en sus palabras.

—No concibo como teniendo las piernas paralizadas...

—Para mí, no es impedimento. Su desgracia aún será un incentivo para que lo quiera más —interrumpió la joven.

—Elizabeth, tú eres todo cuanto tengo y temo por ti.

—Ya sé que la vida que nos espera será dura, pero ten confianza, padre, sabremos afrontarla. ¿Por qué no vamos a verlo?

—Porque únicamente soy yo quien sospecha de la posibilidad de que haya vuelto a Cuberton.

— ¡Padre, te lo ruego, explícate de una vez! —pidió Elizabeth sumamente excitada.

—Leslie ha muerto. Acaban de traer su cuerpo horriblemente pateado por su caballo y...

—Lo siento mucho. Pero ¿qué relación guarda el regreso de George con tal accidente?

—Espera, no me interrumpas. Además, hay otros cadáveres: Morris, Abner y Barlett. Los tres han sido víctimas de la muerte negra. ¿Comprendes porque temo por ti? Si se presenta de nuevo George sano y salvo en Cuberton, después de haber sido raptado por aquellos seres que viera Thommy, puede que haya otros que relacionen, como ya hicieron antes, la presencia de George con la aparición de la muerte negra. Estoy preocupado, hija, muy preocupado.

—Aun en el supuesto de que George haya regresado y dado muerte a Morris y a los otros dos, jamás creeré que lo hizo premeditadamente. Ninguno de ellos era bueno. Así que habrá tenido sus motivos.

—Luego, tú también crees que lo hizo él.

—Puede —contestó valientemente Elizabeth mostrando un extraño brillo en los ojos.

—A pesar de cuanto te he dicho, tengo una duda. Si George estaba parálítico, ¿cómo te explicas que el cadáver de Morris fuera hallado en

el montículo de Erren y los de Abner y Barlett, en el bosque que hay en las cercanías de Cuberton? Es totalmente imposible que un hombre pueda desplazarse por tales parajes con una silla de ruedas.

—Si en realidad George hubiera regresado, él podría explicártelo —contestó Elizabeth con manifiesta esperanza, al recordar las explicaciones que le diera Kufal acerca del extraordinario progreso existente en el planeta Marte.

Epílogo

Transcurría el año 1935.

En una de las mansiones más suntuosas de uno de los barrios elegantes de la populosa ciudad de San Francisco, un anciano estaba sentado en una amplia butaca, absorto en la lectura de un gran volumen de astronomía, mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa indefinible. Frente a él, una mujer de unos sesenta y cinco años, asimismo sentada en una butaca gemela, se entretenía bordando.

Al entrar en el salón un muchacho joven, de unos diecisiete años, los ancianos levantaron la vista y, como de común acuerdo, miraron al joven.

—Tienes mala cara, Robert. ¿Qué te ocurre?

—Nada, abuela.

—No pretendas engañarme; presumo que algo anda mal. ¿Qué es?

—Nada, abuela —repitió el jovencuelo.

—Déjalo, mujer, ya no es un niño —dijo el anciano interviniendo en la conversación.

—Pero...

—Déjalo, mujer —insistió el hombre.

—Como habréis de saberlo más tarde, os lo voy a decir: Me han suspendido en Física.

— ¡No es posible! —exclamó el anciano con manifiesta extrañeza.

—Sí, abuelo. El examen de fin de curso consistió en resolver cuatro problemas. Casualmente, fueron los que tú me enseñaste a plantear y yo lo hice siguiendo tu método. La consecuencia ya sabes cuál ha sido.

—Te habrás equivocado.

—No, abuelo, los hice bien.

—Pues no podían suspenderte.

—Pero el profesor lo ha hecho. Y lo peor es que se ha burlado de mí delante de toda la clase. Parece que aún le estoy oyendo: «Señor Robert Wayne, confieso que me he engañado con usted. Durante el curso, creí que era un buen estudiante, un alumno serio y, respetuoso, pero el examen que ha realizado demuestra todo lo contrario. ¿Qué intentaba al poner tal cantidad de disparates y a continuación la solución exacta que, seguramente, le sopló algún otro alumno? ¿Burlarse de mí? Pues se ha equivocado, joven, cuando corrijo los ejercicios, lo hago a conciencia y, aunque ignoro la finalidad que perseguía usted, no se lo voy a permitir. Está suspendido».

—La culpa ha sido mía, muchacho —indicó el anciano apesadumbrado.

—Pero yo comprendía las explicaciones que me dabas, abuelo. No puede ser que me engañaras.

—Y no lo hice. Pero lo que no debí fue enseñarte mis métodos —replicó el hombre como si estuviera arrepentido.

—No te inquietes, abuelo; ya ves, a mí se me ha pasado el berrinche.

—No debí hacerlo —musitó el anciano al recordar la conversación y la promesa que hiciera cerca de cuarenta años atrás.

—Abuelo, cualquiera que te viera en ese estado creería que ha sido a ti a quien han suspendido —dijo el nieto intentando bromear, al observar el abatimiento en que había quedado sumido.

De pronto, el hombre dejó sobre una mesita cercana el libro que estaba leyendo, se levantó con un vigor impropio de su edad y decidió:

—Robert, acompáñame. Quiero charlar con tu profesor.

— ¡George! —exclamó angustiada su esposa, al observar la súbita dureza que habían adquirido las facciones de su marido.

—No te preocupes, Elizabeth. Aquellos tiempos de Cuberton, de los fantasmas que raptaban a los paralíticos y de la muerte negra, hace muchos años que han dejado de existir. Hoy únicamente son una leyenda.

— ¿Qué quieres decir, abuelo? —interrogó interesado el nieto.

—Nada, hijo, es sólo para tranquilizar a tu abuela.

Durante el trayecto hasta la Escuela de Ingeniería Naval, el abuelo y el nieto permanecieron en silencio.

Cuando al fin encontraron al profesor de Física, fumando tranquilamente un cigarrillo en la biblioteca del Centro, Robert se le acercó y le dijo tímidamente:

—Perdone, señor, mi abuelo desea hablar con usted.

El profesor miró al muchacho y, tras dudar unos segundos, indicó:

—Muy bien. Hágalo pasar.

Momentos después, el joven, con visibles muestras de nerviosismo, hacía la presentación:

—Señor, mi abuelo. El doctor Sidow.

El profesor observó la alta y delgada figura del hombre que tenía delante y preguntó:

— ¿En qué puedo servirlo, señor...?

—Kufal. Mi nombre es George Kufal.

— ¿En qué puedo servirlo, señor Kufal? —repitió.

—Quisiera hablar unas palabras con usted respecto a la forma

cómo mi nieto ha resuelto los problemas del examen.

—Perdone, pero mi norma no es discutir con los familiares acerca de las calificaciones obtenidas por mis alumnos.

—Ni yo he venido con tal intención.

—¿Entonces?

—Únicamente deseo debatir una cuestión con usted: su capacidad para juzgar un examen.

—¿Cómo? —preguntó el doctor Sidow con manifiesta extrañeza.

—Sencillamente, a usted todavía le falta mucho que aprender para poder hacerlo correctamente.

—Le ruego que se marche, señor. Debido al respeto que me infunde su edad, me será muy violento tener que ordenar que lo echen de aquí.

—¿Tanto le ha molestado que le haya dicho la verdad?

—¡Basta, señor!

—Abuelo, por favor...

—Profesor Sidow —prosiguió Kufal sin prestar atención a la súplica de Robert—, usted ha hablado de sus normas. Yo también tengo las mías y una de ellas es demostrar la veracidad de cuanto digo si mis palabras son puestas en duda. Estoy dispuesto a demostrárselo cuando quiera.

—Creo que no tenemos nada más de que hablar, señor.

—Pues yo opino lo contrario. Fui yo quien cometió el error de enseñar algunas tonterías a mi nieto y no quiero que, ni por un solo momento, llegue a perder la confianza que siempre ha tenido en mí. Por ello, lo requiero a que me acompañe a cualquier aula donde pueda disponer de un encerado.

El profesor creyó tener frente a sí a un hombre, pese a la arrogante presencia física, con la mente senil propia de la vejez, y al objeto de evitar un posible espectáculo bochornoso, accedió:

—De acuerdo. Voy a complacerlo.

Minutos después, Kufal, con una tiza en la mano y colocado frente a una pizarra de grandes dimensiones, miró sonriente al profesor e indicó:

—Cuando guste.

Tan pronto como el profesor Sidow leyó el enunciado, los dedos de Kufal empezaron a moverse ágilmente y las ecuaciones se sucedieron con increíble rapidez, al propio tiempo que explicaba, con voz clara y concisa, las razones del singular desarrollo que efectuaba.

Las horas fueron transcurriendo y el asombro de Sidow cada vez aumentaba más, puesto que las explicaciones que iba dando Kufal y la manera, no del todo comprendida por el profesor, de despejar las

incógnitas versaban ya sobre problemas de matemáticas superiores.

Cinco horas después, y tras haber borrado de la pizarra las últimas ecuaciones, Kufal se sacudió las partículas de polvo de las manos y del traje y se volvió de cara al catedrático.

—Profesor...

—No me llame profesor, se lo suplico. Comparado con usted, no dejo de ser un simple párvulo. En cuanto a la calificación de su nieto, ni que decir tiene que obtendrá la máxima puntuación.

Kufal tendió la mano al todavía asombrado profesor, a la par que le decía:

—Le ruego que me disculpe si he sido un poco brusco.

—Por favor, señor, soy yo quien le debo disculpas. No puede imaginar el placer que he tenido de conocerlo.

Y cuando Kufal estaba ya en la puerta para salir del aula, escuchó perfectamente cómo Sidow decía a Robert:

—Su abuelo es un sabio. ¿Quién es?

Y entonces, el muchacho con un impulso incontenible de desquitarse de las burlas que el profesor le hiciera en la mañana de aquel mismo día, sin sospechar ni remotamente que decía la verdad, contestó muy serio:

—Él cree que es un marciano.

— ¡No!

—Sí, señor.

—Perdone mi franqueza, Robert, pero su abuelo, al igual que la mayoría de los grandes genios de la humanidad, debe de estar algo chiflado.

Y ya sentados en el taxi que los conducía de regreso a su hogar, Kufal preguntó:

—Robert, dime la verdad, ¿por qué le has dicho a tu profesor que soy un marciano?

—Ha sido lo primero que se me ha ocurrido para vengarme de, él por lo de esta mañana. Tenías que haber visto la cara que ha puesto. Era para morirse de risa.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



TORNADO

Publicación quincenal. 10 Ptas.



HAZAÑAS DEL OESTE

Publicación quincenal. 10 Ptas.



RUTAS DEL OESTE

Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX

Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS

Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPUELA

Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS

Publicación quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN

Publicación quincenal. 10 Ptas.



ESPACIO

Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.